

F. JAVIER VILLALBA RUIZ DE TOLEDO  
FELICIANO NOVOA PORTELA

# PARA COMPRENDER LA EDAD MEDIA



Índice

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA



PARA COMPRENDER LA EDAD MEDIA



F. JAVIER VILLALBA RUIZ DE TOLEDO  
FELICIANO NOVOA PORTELA

PARA COMPRENDER  
LA EDAD MEDIA



UNIVERSIDAD DE SEVILLA  
**u eus**  
Editorial Universidad de Sevilla

Sevilla 2015

Serie: Historia y Geografía

Número: 300

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino

(Director de la Editorial Universidad de Sevilla)

Eduardo Ferrer Albelda

(Subdirector)

Manuel Espejo y Lerdo de Tejada

Juan José Iglesias Rodríguez

Juan Jiménez-Castellanos Ballesteros

Isabel López Calderón

Juan Montero Delgado

Lourdes Munduate Jaca

Jaime Navarro Casas

M<sup>a</sup> del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado

Adoración Rueda Rueda

Rosario Villegas Sánchez

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistemas de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

Motivo de cubierta: Estatua-columna de los apóstoles procedente del Monasterio de San Payo de Antealtares. Siglo XII. (Museo Arqueológico Nacional)

© EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2015

C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla

Tlfs.: 954 487 447; 954 487 452; Fax: 954 487 443

Correo electrónico: eus4@us.es

Web: <<http://www.editorial.us.es>>

© F. JAVIER VILLALBA RUIZ DE TOLEDO

FELICIANO NOVOA PORTELA 2015

Impreso en papel ecológico

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 978-84-472-1774-8

Depósito Legal: SE 2059-2015

Diseño de cubierta: Santi García. [santi@elmaquetador.es](mailto:santi@elmaquetador.es)

Maquetación: Santi García. [santi@elmaquetador.es](mailto:santi@elmaquetador.es)

Imprime: Pinelo Talleres Gráficos, S.L. Camas-Sevilla

## ÍNDICE

Presentación .....	13
Introducción: el concepto de Edad Media .....	17
1. El punto de partida: los pueblos germánicos .....	21
2. El cristianismo como soporte ideológico del mundo medieval .	27
3. Oriente <i>vs.</i> Occidente .....	31
4. Justiniano y el Imperio bizantino .....	37
5. Organización social y política en la Edad Media: la división tripartita .....	41
6. El monacato: la «conciencia» evangélica de la Iglesia .....	47
7. El nacimiento de Europa .....	53
8. Carlomagno: la renovación cultural y política en Occidente ...	59
9. El Islam: una comunidad político-religiosa .....	63
10. Los vikingos y la nueva oleada invasora .....	69
11. El Sacro Imperio Romano Germánico .....	75
12. El mundo rural .....	81
13. La justicia medieval: ordalías o juicios de Dios .....	85
14. La cultura medieval .....	91
15. Religiosidad popular: las peregrinaciones .....	97
16. Feudalismo: el vasallaje .....	101
17. Enrique II Plantagenet y el Imperio anglonormando .....	107
18. La guerra medieval y la «Paz de Dios» .....	113

19. Cruzadas y órdenes militares .....	119
20. Desarrollo técnico plenomedieval .....	125
21. El mundo urbano medieval .....	129
22. Escuelas y universidades: el desarrollo cultural de Occidente ...	133
23. Gregorio VII y la teocracia pontificia .....	139
24. El mundo de la caballería: castillos, justas y torneos .....	145
25. Federico II y la institucionalización de la monarquía .....	151
26. Herejías y marginados .....	157
27. La Peste Negra .....	163
28. La coyuntura económica bajomedieval .....	169
29. La conflictividad social en la Baja Edad Media .....	173
30. La Guerra de los Cien Años .....	179
31. El Gran Cisma de Occidente .....	185
32. El Renacimiento .....	191
33. Los orígenes del Estado Moderno .....	197
34. La caída de Constantinopla y el fin de la Edad Media .....	201

## FIGURAS

Figura 01. Arqueta de las Bienaventuranzas. Relicario en marfil. Siglo XI. (Museo Arqueológico Nacional. Madrid).....	17
Figura 02. Mapamundi de T en O, «Etimologías» de San Isidoro de Sevilla. Códice 78, fol 200. (Real Academia de la Historia. Madrid).....	23
Figura 03. Sólido de oro del emperador Teodosio I. Siglo IV. (Museo Arqueológico Nacional. Madrid).....	27
Figura 04. Tetrarcas del Gran Palacio de Constantinopla, actualmente en la fachada de la catedral de San Marcos, Venecia (Italia).....	31
Figura 05. Placas de hueso con relieve de guerreros. Imperio Bizantino, siglo XII. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).....	37
Figura 06. El Anticristo da muerte a dos testigos, Beato de San Pedro de Cardaña, Burgos, ms. 2, fol. 106r. Siglos XII-XIII (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).....	43
Figura 07. Claustro del Monasterio de Santo Domingo de Silos, Burgos (Castilla y León).....	49
Figura 08. La visión de Dios y la orden de escribir. Miniatura mozárabe del «Beato de San Millan de la Cogolla» (La Rioja). Codice 33, fol 20v. (Real Academia de la Historia. Madrid).....	55
Figura 09. Anverso y reverso de un dinero de plata de Carlomagno acuñado en la Marca Hispánica. Hacia 793-814. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).....	59
Figura 10. Dinar de oro de Al-Hakam II. Siglo X. (Museo Arqueológico Nacional. Madrid).....	63
Figura 11. Cristo en Majestad con libro, Beato de San Pedro de Cardaña, Burgos, ms. 2, fol. 22r. Siglos XII-XIII. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).....	77

Figura 12. Vendimiador. Capitel de piedra arenisca. Siglo XI. Granja de Valdecal, Palencia. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid) .....	81
Figura 13. La Ascensión al cielo de los dos testigos. Beato de San Pedro de Cardaña, Burgos. ms.2, fol. 107r. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid) 87	87
Figura 14. Ángeles con un libro abierto como símbolo de los beneficios de la verdad propagada. Beato de San Pedro de Cardaña, Burgos, ms.2, fol. 9r. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).....	93
Figura 15. Ampolla de peregrino de bronce con un jinete. Siglo XII (Museo Arqueológico Nacional. Madrid) .....	97
Figura 16. Caballero con escudo y espada. Capitel del claustro de la catedral de Ciudad Rodrigo (Salamanca, Castilla y León) .....	101
Figura 17. Escena de coronación de un rey. Plato aguamanil del taller de Limoges. Siglo XIII. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid) .....	109
Figura 18. Caballeros armados que representan la Matanza de los Inocentes. Capitel doble de piedra. Siglos XII-XIII. Monasterio de Santa María la Real, Palencia. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).....	113
Figura 19. Portada de la regla de la Orden de Caballería de Santiago de la Espada. 1547. (Museo de las Peregrinaciones, Santiago de Compostela) ...	121
Figura 20. Astrolabio planisférico de latón del período de los Reinos de Taifas. Siglo XII. (Museo Arqueológico Nacional. Madrid) .....	125
Figura 21. Calle de Venecia (Italia), autor F. J. Villalba .....	129
Figura 22. Fachada de la Universidad de Salamanca (Castilla y León).....	133
Figura 23. Genealogía de Abraham, fol. 3r. Beato de San Pedro de Cardaña, Burgos. Siglos XII-XIII. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).....	141
Figura 24. Caballeros armados en lucha. Siglo XII. Capitel de la iglesia de San Andrés de Monjardin (Navarra). Foto P. Jiménez .....	145
Figura 25. Maravedí de oro de Alfonso VIII de Castilla. Siglo XII. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid) .....	151
Figura 26. III Concilio de Toledo. José Martí y Monsó. 1862. Óleo sobre lienzo, (Palacio del Senado, Madrid) .....	157

Figura 27. Tabla funeraria policroma con dos figuras yacentes de caballeros. Siglo XV. Iglesia de San Esteban de Cuéllar, Segovia (Museo Arqueológico Nacional).....	165
Figura 28. Fragmento de una placa de granito decorativa con la Rueda de la Fortuna. Siglos XIII-XIV. (Museo de las Peregrinaciones, Santiago de Compostela).....	169
Figura 29. Sepulcro del inquisidor Alonso del Corro, obra de Juan Bautista Vázquez. Siglo XVI. Iglesia de Santa María de los Ángeles (San Vicente de la Barquera, Cantabria). Foto P. Jiménez.....	173
Figura 30. Estatua funeraria del rey castellano Pedro I «el cruel» (Museo Arqueológico Nacional, Madrid) .....	181
Figura 31. Remate superior de plata del báculo de Benedicto XIII, el “Papa Luna”. Siglo XIV. (Museo Arqueológico Nacional) .....	185
Figura 32. Detalle del sepulcro Alonso Fernández de Madrigal (el Tostado), escritor y teólogo español del siglo XV. Vasco de Zarza. Catedral de Ávila (Castilla y León). Foto P. Jiménez.....	191
Figura 33. Marte y Neptuno. Escalera de los Gigantes. Siglo XV. Sansovino. Palacio Ducal de Venecia (Italia).....	197
Figura 34. Mapa de Constantinopla. 1550. S. Munster y H. Petri. (Instituto Cartográfico de Cataluña, Barcelona) Creative Commons.....	203

## MAPAS

Mapa 01. Europa a finales del siglo V .....	32
Mapa 02. El Islam en tiempos del califato abasí .....	66
Mapa 03. Las Segundas Invasiones sobre Europa .....	70
Mapa 04. La Primera Cruzada .....	122
Mapa 05. Escenario de la Guerra de los Cien Años .....	183



## PRESENTACIÓN

Tratar de entender un período tan largo de tiempo como el que engloba la Edad Media, resulta realmente complejo para la mayoría de las personas: son demasiados protagonistas, demasiados territorios y demasiadas circunstancias las que habremos de tener en cuenta para movernos adecuadamente por ella. Sin embargo, a partir de la disección de algunos de sus elementos más característicos, creemos que es posible adentrarse con cierta seguridad y garantía en el mundo medieval, comprendiéndose así el punto de partida de la civilización europea en esa dilatada experiencia evolutiva que representan sus diez siglos de historia. Nuestro propósito no es otro que ofrecer a los lectores de este libro un instrumento de reflexión y análisis de un período histórico que desgraciadamente sigue siendo relativamente desconocido, o lo que es aún peor, que sigue lleno de tópicos –oscuridad, ignorancia, barbarie– que ocultan el verdadero rostro de una época que fue extraordinaria, como lo son todas.

Para conseguir este objetivo, partimos de una serie de premisas, la primera de las cuales tenía que ver con la búsqueda de un equilibrio entre la utilización de un lenguaje técnico y erudito –a veces en franco desuso– y el abuso de conceptos más actuales con los que es fácil caer en anacronismos.

Otra premisa tenía que ver con los criterios a partir de los cuales hemos seleccionado las treinta y cuatro entradas que contiene el libro. Es más que probable que ciertos lectores detecten la ausencia de determinados aspectos considerados por la mayoría como característicos de la

sociedad medieval, como puedan ser sus logros artísticos más representativos –tales como el románico o el gótico– o algunos episodios que la mayoría identificamos instintivamente con el período, como la Reconquista cristiana en la península ibérica o la expansión ultramarina que arranca con Cristóbal Colón. Incluirlos habría supuesto exceder en mucho el objetivo marcado desde el principio. Para nosotros, se trata únicamente de ofrecer aquellos contenidos sobre los que es posible trazar un hilo conductor, a partir del cual cada uno pueda estar en condiciones de aprovechar después alguna de las muchas monografías que el medievalismo ha ido creando desde que existe como disciplina académica: planteamientos políticos oficiales, sus derivaciones sociales, el desarrollo tecnológico y científico y, desde luego, el alcance y condicionamientos de la llamada Historia de las mentalidades.

También hemos prestado especial atención a los períodos críticos en los que tienen lugar los cambios más numerosos y profundos, desatendiendo tal vez algunos otros en los que, por conocidos que puedan ser, no se producen modificaciones significativas en los parámetros habituales que maneja la historiografía, como el pensamiento político, la organización social o la estructura económica de los diferentes pueblos: Enrique II Plantagenet y el Imperio anglonormando, Gregorio VII y la teocracia pontificia, la Guerra de los Cien Años o la caída de Constantinopla son algunos de esos momentos definitivos que han modelado el desarrollo de la época medieval.

Otra condición de la que partíamos cuando comenzamos a trabajar, era que *Para comprender la Edad Media* debía ser un libro sobre Europa, sobre sus orígenes, aunque debemos señalar que eso no significa dejar a un lado el Mediterráneo oriental, puesto que pese a no desdeñar el papel que juega en nuestra historia el contacto mantenido a lo largo de estos siglos con las culturas del Lejano Oriente, hemos pensado que la confluencia de lo que artificialmente se denomina Imperio bizantino con la cristianidad occidental o latina, resulta suficientemente operativa para el propósito que perseguimos.

Pero si Europa es el ámbito geográfico en el que se enmarca este libro, el cronológico se extiende hasta el siglo XV, hasta lo que la historiografía ha llamado el *Renacimiento*, y que nosotros también consideramos parte del período medieval.

En definitiva, proporcionamos en las siguientes páginas una herramienta de ayuda, resultado de muchos años de reflexión acerca de un elevado número de aspectos relacionados con el mundo medieval, para los que nunca se han dedicado a su estudio y, sobre todo, para aquellos que pretenden hacerlo en un futuro inmediato.



## INTRODUCCIÓN: EL CONCEPTO DE EDAD MEDIA

A finales del siglo XV, la sociedad italiana volvía su mirada hacia el pasado para redescubrir la Antigüedad clásica. Era el tiempo del Renacimiento con mayúsculas, cuando los humanistas ya habían leído al primero de sus representantes, Petrarca, que había puesto de manifiesto un siglo antes el gran contraste que existía entre un pasado glorioso, aún



FIGURA 01. Arqueta de las Bienaventuranzas. Relicario en marfil. Siglo XI. (Museo Arqueológico Nacional. Madrid).

visible en las ruinas de Roma y en otras ciudades italianas, y un presente que consideraba, sobre todo en lo cultural, mediocre, oscuro y decadente. En su poema *África* (1338), Petrarca dejó constancia de un deseo para unos tiempos que anhelaba y que habrían de significar una nueva Edad de Oro: «Disipadas las tinieblas, nuestros nietos caminarán de nuevo en la pura claridad del pasado».

La visión del humanista italiano terminó imponiéndose a lo largo de los siglos XV, XVI y XVII en toda la Europa occidental, dejando reducida la Historia de la humanidad a dos períodos, el antiguo del mundo clásico y el nuevo, cuyo único objetivo era reproducir esa Antigüedad clásica. Entre uno y otro período, un enorme «paréntesis» de casi mil años, al que el humanista e historiador Flavio Biondo (1388-1463) propuso acotar entre el siglo V, cuando desaparece el Imperio romano de Occidente, y el siglo XV, y concebirlo como una unidad histórica, aunque sin otorgarle un nombre propio. Sería muy poco tiempo después Giovanni Andrea dei Busi (1417-1475), obispo de Alesia, quien lo bautizaría como *Media Tempestas*. Con posterioridad ciertos filólogos, historiadores y humanistas, utilizaron otros términos como *Media Aetas*, *Media Tempora*, y, el que finalmente se impuso, *Medium Aevum*, utilizado por Jorge Horn en 1665 y sobre todo por Christoph Keller, profesor de la universidad alemana de Halle y autor de una decisiva obra –*Historia Medii Aevi a temporibus Constantini Magni ad Constantinopolim a Turcis captam deducta*– publicada en 1668, y en la que establecía que la interrupción o los *Tiempos Medios* habían empezado en la época de Constantino (272-337) y finalizado con la caída de Constantinopla en el año 1453.

A pesar de la diferencia de expresiones y de la cronología, cuya discusión continúa hoy en día, la visión que los humanistas tenían de los siglos medievales era igual o muy parecida: todos ellos se definieron por oposición a ellos, asociaban el período a un execrable sistema de organización social, como era el feudalismo, y a un profundo retroceso cultural particularmente visible en el deterioro de la lengua latina, convertida en una lengua bárbara y vulgar. Por ello, no es extraño que fueran los filólogos los que emplearan los epítetos más displicentes para referirse a la Edad Media. Pero también desde el ámbito de la ideología religiosa, la crítica a los «Siglos Medios» fue significativa, en especial por parte de los reformadores luteranos, que achacaban la degradación de la Iglesia en aquellos

momentos a los vicios adquiridos durante la Edad Media. En síntesis, el Medioevo fue considerado en los siglos XV, XVI y XVII como un tiempo sombrío: «doce siglos de barbarie universal» según las palabras del filósofo J. Bodin (1530-1596). Una opinión que no sólo no cambia, sino que se afirma radicalmente durante el siglo XVIII, el siglo de la Ilustración. Aquel periodo trajo consigo una visión modernizadora de la sociedad y del individuo, basada en principios de racionalidad como antesala de la libertad religiosa, antítesis de lo que se creía la esencia del pensamiento medieval. Fue en Francia donde los planteamientos ilustrados y la retórica antimediieval calaron más profundamente, debido en buena parte a la labor de reconocidos intelectuales como Voltaire, que en sus apreciaciones recuerda las críticas renacentistas: «Europa entera se debate en este envilecimiento hasta el siglo XVI y no lograr superarlo más que merced a terribles convulsiones».

Hoy resulta llamativa la indiferencia hacia un arte tan original como el medieval y la incompreensión hacia el pensamiento político y filosófico de la Edad Media que, como señala el historiador francés Jacques Le Goff en una magnífica síntesis histórica, «fue una época de fe, apasionada por la búsqueda de la razón. A ella le debemos el Estado, la nación, la ciudad, la Universidad, los derechos del individuo, la emancipación de la mujer, la conciencia, la organización de la guerra, el molino, la máquina, la brújula, la hora, el libro, el purgatorio, la confesión, el tenedor, las sábanas y hasta la Revolución Francesa».

Fue en el siglo XIX, un periodo esencialmente medievalista, cuando la visión de la Edad Media y, de alguna forma, la del Renacimiento, cambió. Este último fue criticado por ser un arte de imitación –«El Renacimiento es la decadencia» dijo Matisse–, mientras que, por el contrario, el «paréntesis» medieval era redescubierto y reivindicado, rechazando la generalización de que hubiera sido un tiempo de ignorancia y barbarie. Los elementos que contribuyeron a modificar la imagen fueron, entre otros y sobre todo, el movimiento romántico y los nacionalismos. El primero nace frente a los lastres del pensamiento racionalista de la Ilustración y tiene como elemento esencial una ideología medievalizante y cristiana que se materializará, por un lado, en un gusto artístico y literario –es el redescubrimiento de la literatura medieval– y por otro, en la creencia de que fue durante esa época cuando el cristianismo se convirtió en

auténtico modelo de vida y espiritualidad, de tal forma que su restauración sería para los románticos el único instrumento posible contra el materialismo del mundo moderno que rechazaban. El otro ingrediente que ayudó a la reivindicación de los tiempos medievales fue el nacionalismo, relacionado con parte del Romanticismo, que buscó en la época medieval la auténtica forma de ser de los pueblos, la verdadera raíz del «ser nacional». Otro factor que ayudó a la nueva valoración de lo medieval fue el desarrollo de la Historia, que se materializó en la periodización de la humanidad –fue en el siglo XIX cuando los conceptos de Edad Media y Renacimiento comenzaron a utilizarse de forma normalizada–, en la creación de escuelas históricas nacionales y, sobre todo, en una labor extraordinaria de edición de fuentes, fundamentalmente de época medieval, como por ejemplo los famosos *Monumenta Germaniae Historica* en Alemania o la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, que supondrán un paso enorme para la comprensión y conocimiento real de la Edad Media. Esto último tuvo un desarrollo definitivo durante el siglo XX, particularmente en sus últimas décadas, como también lo ha tenido el aumento de los campos de investigación que ha posibilitado que, poco a poco, conozcamos mejor una época trascendental de la Historia de Europa. El paso definitivo vendrá cuando la Edad Media, como dice Régine Pernoud, deje de ser para buena parte de las diferentes sociedades europeas «una época de ignorancia, de embrutecimiento y de subdesarrollo generalizado».

## Bibliografía

- BRAGUE, R., *En medio de la Edad Media. Filosofías medievales en la cristiandad, el judaísmo y el islam*, Madrid, 2013.
- DUBY, G. *Europa en la Edad Media*, Barcelona, 2007.
- KLEINSCHMIDT, H., *Comprender la Edad Media. La transformación de las ideas y actitudes en el mundo medieval*, Madrid, 2009.
- LITTLE, L. y ROSENVEIN, B. H. *La Edad Media a debate*, Madrid, 2003.
- PERNOUD, R. *¿Qué es la edad Media?*, Madrid, 1979.
- RUIZ DE LA PEÑA, J. I. *Introducción al estudio de la Edad Media*, 1987.
- VALDEÓN, J. «El concepto de Edad Media: del infierno a la gloria» en *Tópicos y realidades de la Edad Media* (III) (coord. Eloy Benito Ruano), Real Academia de la Historia, 2004, pp. 211-231.

# 1

## EL PUNTO DE PARTIDA: LOS PUEBLOS GERMÁNICOS

El período de tiempo que conocemos como Edad Media parte de una fusión, más o menos pactada, entre la sociedad del decadente Imperio romano y la de unas monarquías germánicas que, por uno u otro medio, se fueron imponiendo políticamente sobre la primera. Hablamos de unos pueblos que entraron en contacto con Roma mucho tiempo antes –desde el siglo I de nuestra Era– y que en su necesidad de expansión y acuciados por otros pueblos procedentes de las estepas euroasiáticas, traspasaron el *limes* imperial y desarrollaron un programa de colaboración con el Imperio centrado fundamentalmente en su compromiso militar. Es así como el ejército romano va alimentándose cada vez más de guerreros germánicos que, andando el tiempo, ocuparán algunos de los puestos de mayor responsabilidad dentro de éste y, como sabemos, manejando incluso a los emperadores del último siglo del Imperio de Occidente.

Pero en esa relación secular entre los pueblos germánicos y Roma se detectan grandes diferencias en el tiempo y en el espacio. Sin entrar en las divisiones formales que la historiografía asume generalmente, sí que debemos indicar que sus distintas maneras de establecer contacto con el mundo romano, determinaron su destino en cada caso. Hay, no obstante, una serie de características genéricas que podemos observar en todos y cada uno de esos pueblos, tales como su organización tribal y su división

social, encabezada en todos los casos por guerreros libres que van engrosando con los años una clientela de hombres de armas, igualmente libres, aunque con una dependencia muy acusada con respecto a los primeros. El constante estado de guerra entre las diferentes tribus sirve para conformar los grupos de semilibres y de esclavos, en atención a la categoría de los individuos capturados en la batalla. Pero esta imagen residual y generalizada de las sociedades germánicas no debe llevarnos a engaño. En realidad, la monarquía tiene una importancia relativamente pequeña, pues el liderazgo sólo se hace patente en tiempos de guerra, razón por la cual la figura del rey comienza a ser relevante ya en el siglo V, cuando las circunstancias implican a todas estas tribus en una rivalidad permanente entre ellas o frente a Roma.

Se ha sugerido a menudo que, aunque de vocación agrícola y sedentaria, la carencia de técnicas de cultivo determinó un agotamiento sistemático de las tierras y una consecuente necesidad expansiva que muy pronto puso a los pueblos bárbaros frente a un enemigo diferente con el que no cabía actuar como hasta entonces lo habían hecho con sus vecinos. El inmenso poder del ejército romano exigía, como puede suponerse, una estrategia bien distinta. Cuanto más al sur, y una vez que Roma hace del cristianismo su religión oficial y exclusiva, estas tribus resultan más permeables a la misma, si bien manteniendo siempre una seña de identidad diferenciada a través del arrianismo.

Los pueblos germánicos, a los que la historiografía responsabilizó durante mucho tiempo de la caída del Imperio de Occidente, no supusieron, sin embargo, más que el espaldarazo final de un proceso de desintegración inevitable que, en realidad, estaba escrito en el código genético de la propia Roma. Por decirlo en pocas palabras, el edificio levantado por Roma necesitaba de la expansión para su supervivencia: todo el aparato administrativo estaba diseñado para ello. Por eso, al finalizar dicha expansión, el desmoronamiento sólo era cuestión de tiempo.

Lo que queremos decir es que, independientemente de la actitud de los germanos, ya fuera ésta violenta o de colaboración, fue la enfermedad de Roma la que le llevó a su inevitable final. Y es que, en efecto, hay dos actitudes bien diferenciadas entre los bárbaros a partir de la segunda mitad del siglo IV. Algunos pueblos protagonizan una irrupción que podríamos

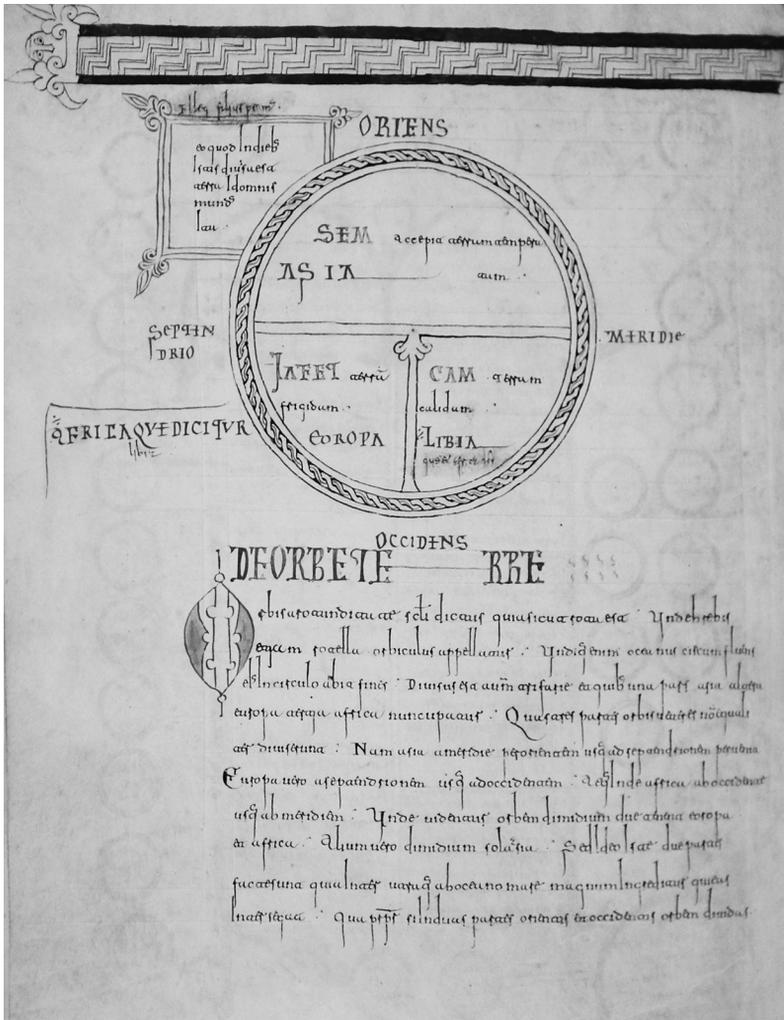


FIGURA 02. Mapamundi de T en O, «Etimologías» de San Isidoro de Sevilla. Códice 78, fol 200. (Real Academia de la Historia. Madrid).

calificar de pacífica (visigodos, francos u ostrogodos) y que posibilita los pactos militares a que nos referíamos al principio, mientras que otros lo hacen de forma violenta (suevos, vándalos, alanos o burgundios). Y serán los primeros, precisamente, los que logren asimilar una parte de la cultura

romana y sobrevivir durante siglos por medio de la fusión que da lugar a la sociedad que llamamos medieval.

Por más que fuera fruto de un pacto entre Roma y algunas tribus germánicas, la contaminación del ejército que ello supuso convirtió a éste en una institución apta para las intrigas políticas, pero absolutamente ineficaz para su papel de defensa, lo que vino a abundar en la debilidad general del Imperio. Y, como es lógico, tal inoperancia militar no pudo sino contribuir a un cada vez mayor desprestigio de la propia corona imperial. Y es que tras los intentos de Diocleciano, Constantino y Teodosio para frenar la caída de la dignidad imperial adecuándola a los nuevos tiempos, viene una etapa de frecuentes minorías, cuyas lógicas consecuencias de ininterrumpidas intrigas se ven agravadas por esa politización y «barbarización» del Ejército. Nombres de insignes generales germanos, como Estilicón o Aecio, manejando al emperador a su antojo, son demasiado frecuentes desde la segunda mitad del siglo IV hasta el derrumbe definitivo del Imperio de Occidente.

Probablemente el mejor ejemplo de la inoperancia política y militar del Imperio romano sea el célebre saqueo de la ciudad de Roma por el visigodo Alarico en el año 410. La afrenta excedió con creces la propia violación de la Ciudad Eterna, pues el líder bárbaro llegó a secuestrar a la hija de Teodosio el Grande, Gala Placidia, para desposarla. No cabía mayor afrenta y, sin embargo, Roma ni pudo ni quiso reaccionar.

Es a partir de entonces cuando detectamos un pesimismo y resignación en la sociedad romana que da pie a un cambio de mentalidad en el que las puertas quedan abiertas de par en par para los germanos. Si hasta ese momento habían sido percibidos como la encarnación de los más bajos instintos humanos, a partir de entonces se invierten los términos y es la depravación de la sociedad romana la que se denuncia en los escritos de los más insignes representantes de su cultura. Así, si comparamos las descripciones de Cornelio Tácito a finales del siglo I o comienzos del II sobre los germanos («Los más fuertes y belicosos no hacen nada, delegan los trabajos domésticos y el cuidado de los penates y del agro a las mujeres, los ancianos y los más débiles de la familia, languidecen en el ocio») con las de Salviano de Marsella durante el siglo V («Van a buscar sin duda entre los bárbaros la humanidad de los romanos porque no

pueden soportar más entre romanos una inhumanidad propia de bárbaros») nos damos cuenta del vuelco que se ha producido. Tal interiorización de la crisis de identidad que atraviesa el mundo romano, será la llave para el nacimiento de una nueva forma de pensar que, como no podía ser menos, se hará notar también en el pensamiento político. San Agustín será el encargado de divulgar la nueva perspectiva alumbrando una ideología que, de una u otra forma, estará vigente durante toda la Edad Media.

Cuando el obispo de Hipona elabora la nueva doctrina política, se adivina la inminente caída del Imperio. Adelantándose a los acontecimientos, asegura que aunque el poder emana directamente de Dios –precepto que había quedado claro en el Edicto de Tesalónica de 380–, su materialización es responsabilidad exclusiva de los hombres, por lo que aunque el Imperio sea destruido, las fórmulas de gobierno que sobrevengan a continuación seguirán emanando de la divinidad. Los príncipes, en todo caso, estarán sometidos a las directrices morales de un cristianismo en el que, siempre según San Agustín, descansa de manera exclusiva el sentido de la justicia. Se dejaba así vía libre a la deposición y entronización de príncipes cuando las condiciones así lo exigieran. Ni que decir tiene que el mundo germánico, mucho más subdesarrollado desde el punto de vista político y religioso, acepta semejantes principios y los mantiene en vigor durante muchos siglos.

## Bibliografía

- BROWN, P. *El primer milenio de la cristiandad occidental*, Barcelona, 1997.
- CAMERON, A. *El mundo mediterráneo en la Antigüedad Tardía 395-600*, Barcelona, 1998.
- GARCÍA MORENO, L. A. *La construcción de Europa, siglos V - VIII*, Madrid, 2001.
- SANZ SERRANO, R. *Las migraciones bárbaras y la creación de los primeros reinos de Occidente*, Madrid, 1995.
- WALLACE-HADRIL, J. M. *El Occidente bárbaro 400-1000*, Madrid, 2014.



## EL CRISTIANISMO COMO SOPORTE IDEOLÓGICO DEL MUNDO MEDIEVAL

«Habida cuenta de nuestra gran clemencia e inveterada costumbre de indulgencia que ejercitamos frente a todos los hombres, creemos que debemos extenderla también a este caso. De tal modo pueden nuevamente los cristianos reconstituirse así como sus lugares de culto, siempre que no hagan nada en contra del orden público».

Estas palabras pertenecen al llamado *Edicto de tolerancia de Sérdica* promulgado en el año 311 por Galerio. Fue firmado por cuatro emperadores y a pesar de la crítica que contiene contra los cristianos, el Edicto «legalizaba» su culto, les restituía los bienes confiscados, compensaba los daños causados y daba por terminadas las persecuciones –aunque no se prohibían expresamente– que habían iniciado el emperador Diocleciano y que



FIGURA 03. Sólido de oro del emperador Teodosio I. Siglo IV. (Museo Arqueológico Nacional. Madrid).

había continuado el mismo Galerio con especial hostilidad. Un año más tarde, uno de aquellos firmantes, el emperador Constantino, derrotó a Majencio en la famosa batalla de Puente Milvio cerca de la ciudad de Roma, lo que le convirtió en el único emperador en Occidente y le produjo una especie de metamorfosis religiosa que dio comienzo a los *Christiana tempora* en los que aún estamos. Un año después de la batalla, en el 313, tuvo lugar un acuerdo apoyado por el emperador –no se le puede atribuir en exclusiva a Constantino ya que también intervino el emperador de Oriente, Licinio– que la historia ha conocido como el *Edicto de Milán*. El acuerdo de los dos emperadores confirmaba los puntos aprobados por Galerio sin corripa alguna sobre el derecho que tenían todas las religiones a la libertad de culto, aunque fue el cristianismo el máximo beneficiario, pues recuperaba totalmente lo que le había sido confiscado y, sobre todo, se le reconocía el derecho corporativo a tener propiedades. Favorecido desde entonces por Constantino, el cristianismo inició una política de construcción de lugares de culto –la primera expresión de esta política fue la erección de la basílica constantiniana, hoy de Letrán– y recibió nuevos y numerosos privilegios, dando inicio a un proceso de identificación entre poder político y religioso: «que pongan todo su celo en los edificios de las iglesias, en reparar las existentes, en realizar obras de ampliación y en construirlas de nueva planta allí donde lo requiera el caso», le señalaba el emperador a Eusebio de Cesárea para que éste se lo hiciese saber a obispos y diáconos. Tal fue el protagonismo cristiano, sobre todo después de la derrota de Licinio a manos de Constantino, que será ahora cuando nazca la historiografía cristiana y poco después la hagiografía.

En el año 380, un nuevo edicto firmado en este caso por el emperador Teodosio I y conocido con el nombre de *Edicto de Tesalónica*, imponía en Oriente definitivamente el cristianismo afirmando que «todos los pueblos sujetos a mi autoridad sigan la religión que el apóstol Pedro predicó a los romanos», amenazando con el castigo en caso de incumplimiento y, lo que era más importante, abriendo las puertas a un Imperio confesionalmente católico imponiendo la ortodoxia nicena frente a la herejía arriana. El monopolio cristiano en Oriente no tuvo dificultades tampoco en aplicarse en Occidente, sobre todo cuando Teodosio se convirtió en emperador único en el año 389 y el Imperio en un estado confesional.

La situación de monopolio del cristianismo fue el resultado de orientaciones políticas, económicas y sociales, encauzadas mediante la obra de grandes pensadores como Lactancio, Atanasio de Alejandría y, sobre todo, Eusebio de Cesárea o Agustín de Hipona, que tendrán una influencia decisiva en el desarrollo del primer cristianismo político y que representan la base del pensamiento medieval cristiano, aunque con posturas diferentes.

Eusebio de Cesárea (c. 275-339), alumbró un nuevo modelo de historia con los diez tomos de su famosa *Historia eclesiástica* donde cuenta, «como quien emprende un camino desierto y sin hollar», desde el nacimiento de la Iglesia hasta la derrota de Licinio a manos de Constantino en el año 324, con referencias al libro del Génesis, donde el obispo de Cesárea encuentra las raíces de la religión. Su formación teórica tuvo mucho que ver con la gran biblioteca que había heredado del filósofo Orígenes, mientras que su acción política estuvo mediatizada por su estrecha colaboración con el emperador Constantino, al que dedicó su célebre *Vita Constantini*, en la que el emperador era visto como un héroe del cristianismo y brazo armado de la Iglesia en la lucha contra el politeísmo y la idolatría. Eusebio, convertido en ideólogo del cristianismo al servicio del Imperio, fue el responsable de la concepción política que convertía al emperador en el máximo responsable de una sociedad romana cohesionada a partir de entonces a través de la orientación cristiana de la autoridad en él depositada. Semejante planteamiento, acuñado en una época tan temprana, jamás será cuestionado en la larga historia del Imperio romano de Oriente, provocando un sometimiento de la jerarquía eclesiástica a las directrices imperiales que será una de las esencias del mundo bizantino.

Frente a la concepción de Eusebio de Cesárea, San Agustín (354-430), como señala Eric Peterson, provocó «la ruptura radical con una teología política que hacía degenerar el evangelio en instrumento de justificación de una situación política». Agustín de Hipona nacido en Tagaste (Argelia) y formado en una doble tradición, la pagana clásica y la hebreo-bíblica, es sin lugar a dudas la gran autoridad doctrinal de Occidente. A través de obras como el tratado *Sobre la Trinidad*, las *Confesiones* y principalmente *La ciudad de Dios*, el obispo de Hipona rechazaría cualquier concomitancia entre Iglesia e Imperio y, al contrario que Eusebio de Cesárea —que señalaba que los obispos y hombres de Iglesia podían considerarse como altos funcionarios del Imperio—, establecía que no debían

cumplir función política alguna, idea refrendada más adelante por Isidoro de Sevilla. Surgía así la llamada *teoría de la dos espadas*, que tanto éxito habría de tener en la Edad Media y que sustentaba lo que se ha dado en llamar el *agustinismo político*, una doctrina frecuentemente reelaborada, que defendía que mientras la *ciudad de Dios* era quien poseía la *auctoritas*, la *ciudad terrenal*, que vivía sin paz y dominada por las pasiones, debería tener como único objetivo proporcionar a los cristianos el poder cumplir con los preceptos morales que la Iglesia les formulara. Ambas ciudades, si bien representan únicamente valores morales en el pensamiento de San Agustín, fueron constantemente identificadas por los ideólogos políticos de Occidente con el *sacerdotium* y el *regnum* –las dos únicas instancias posibles en el universo político medieval– derivándose de tal simplificación la supuesta supremacía de alguno de los poderes que tales términos simbolizan sobre el contrario.

Por lo tanto, mientras en Oriente la definición de la autoridad política del Imperio cristiano quedaba firmemente establecida desde tiempos de Constantino, en Occidente la propia descomposición de la arquitectura imperial y su consiguiente fraccionamiento daría lugar a una interminable serie de reinterpretaciones de la doctrina política, que nunca terminan de encajar con las aspiraciones de los representantes del poder temporal y el espiritual.

## Bibliografía

- ARQUILLIERE, H. J. *El agustinismo político. Ensayo sobre la formación de las teorías políticas en la Edad Media*, 1972, Granada, 2005.
- GARCÍA DE CORTAZAR, J. A. *Historia religiosa del Occidente Medieval (Años 313-1464)*, Madrid, 2012.
- NIETO SORIA, J. M., SANZ SANCHO, I. *La época medieval: Iglesia y Cultura*, Madrid, 2002.
- PETERSON, E. *El monoteísmo como problema político*, Madrid, 1999.
- RÄISÄNEN, H. *El nacimiento de las creencias cristianas*, Salamanca, 2011.
- SOTOMAYOR, M. y FERNÁNDEZ OUBIÑA, J. (coord.) *Historia del Cristianismo. I. El Mundo Antiguo*, Madrid, 2005.

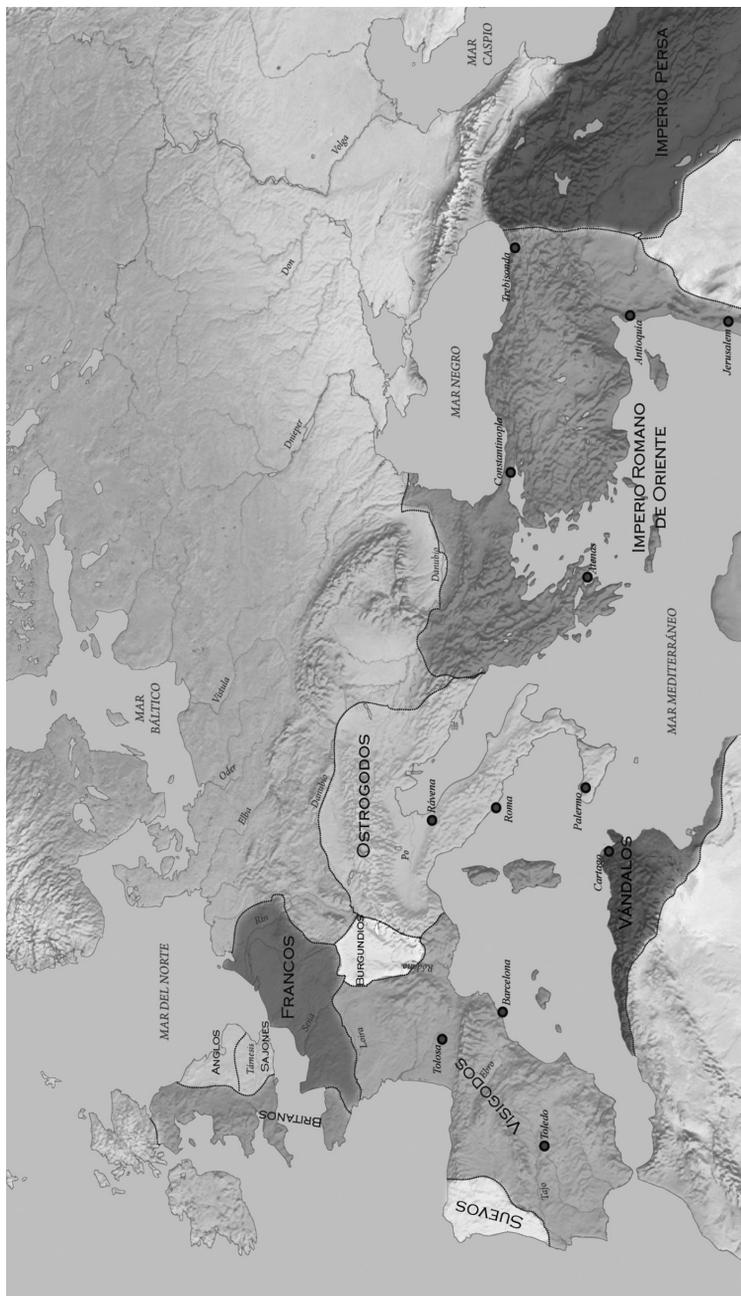
ORIENTE *VS.* OCCIDENTE

En el mundo medieval, como probablemente en otras épocas históricas, es conveniente constatar algunas diferencias importantes entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo. Por más que ambas realidades territoriales llegaran en el pasado a formar parte de un mismo proyecto político –el Imperio romano– su evolución particular a lo largo de los siglos medievales nos ofrece imágenes radicalmente distintas en uno y otro caso. Sin embargo, no debemos cometer el error de pensar que estamos ante dos mundos separados. Los contactos, influencia e interés mutuo será una constante que, sólo teniéndolo muy presente, nos permitirá entender el devenir histórico de cada uno de ellos.

A partir de la separación definitiva de las dos mitades del Imperio romano a finales del siglo IV, se va creando una mentalidad de superioridad en Oriente que, no obstante, le



FIGURA 04. Tetrarcas del Gran Palacio de Constantinopla, actualmente en la fachada de la catedral de San Marcos, Venecia (Italia).



MAPA 01. Europa a finales del siglo V.

impide separarse y desentenderse completamente de lo que ocurre en la *pars occidentis*. Roma se había convertido unos pocos años antes, de manera oficial, en un régimen político que, aun reconociendo y salvaguardando toda su herencia histórica, hizo de la religión cristiana su seña de identidad prioritaria. Tal circunstancia implicaba el reconocimiento de una unidad indestructible de lo que podríamos llamar el *Universo cristiano*. Así pues, los emperadores del Imperio de Oriente o los que más tarde gobernarán sobre el llamado Imperio bizantino, no podían prescindir de su hermandad con Occidente, a menos que renunciaran a una parte de ese *Universo* y al poder que ser la máxima referencia política en el mismo representaba.

Esa autoridad especial del emperador bizantino sobre el conjunto de la cristiandad fue aceptada en el mundo latino u occidental desde el primer momento. El gesto de Odoacro al deponer al último emperador de Occidente, Rómulo Augústulo, enviando las insignias imperiales a Constantinopla y renunciando así a una dignidad que le situaba en un plano teórico de igualdad con Oriente, no es un hecho aislado. Carlomagno también habría de forzar muchos años más tarde –utilizando a Venecia como moneda de cambio– al reconocimiento de su nuevo título imperial por parte del soberano bizantino, sin cuyo concurso el prestigio que suponía para el rey de los francos hacerse llamar también emperador, no sería respetado por nadie.

Para los bizantinos, tanto el Imperio carolingio como el Sacro Imperio Romano Germánico no eran más que delegaciones del poder de Constantinopla. Por difíciles que fueran las circunstancias a las que hacer frente y por grande que fuese el recorte territorial durante su longeva historia, la sociedad bizantina siempre creyó en una superioridad sobre Occidente que cada vez más descansaba en la esencia original de la cultura romana que decían perpetuar y a la que una y otra vez volvieron sus ojos: la Grecia clásica. Semejante «helenización» en Bizancio produjo una fractura irreconciliable entre Oriente y Occidente durante casi toda la Edad Media, aunque sin perder de vista que no por ello dejaban de ser hermanos y defensores de una misma fe religiosa. La aparición del Islam no hizo sino aumentar ese sentimiento al identificar con nitidez en ambas mitades del Mediterráneo a un nuevo enemigo que, según la percepción de entonces, nada tenía que ver con el mundo cristiano. No en vano los musulmanes recibirán desde el

principio el apelativo de *infieles* por parte de las autoridades políticas y religiosas cristianas.

Las cruzadas, de las que hablaremos más adelante, son el mejor ejemplo de esa unión espiritual entre las dos mitades del antiguo Imperio romano que imprimió sus perfiles definitivos a la cristiandad durante toda la Edad Media. Pero ha de quedar muy claro que semejante sentimiento no anula el de superioridad y aún desprecio que muestran a menudo los bizantinos sobre los latinos, o el orgullo creciente de éstos durante la búsqueda de unas claves culturales en las que reconocerse. Y es que será a partir del año mil cuando Occidente abandone para siempre su complejo de inferioridad y se embarque en la tarea de ir dotándose de características particulares en las que toda la sociedad pudiera sentirse representada.

Si repasamos cuidadosamente la serie de acontecimientos cruciales que tienen lugar durante el siglo XI, nos daremos cuenta de que la superación en el mundo latino de las dificultades que le habían mantenido en una obligada dependencia con respecto a la autoridad bizantina, provocan su emancipación política mediante la ruptura religiosa primero, y la vertebración de un liderazgo interno más adelante. En efecto, a mediados de dicha centuria tendrá lugar la separación definitiva de las iglesias ortodoxa y católica –el conocido *Cisma de Oriente*–, que no es más que el último acto de una lucha secular entre Roma y Constantinopla por ejercer el control espiritual sobre el antiguo Imperio romano de Occidente. Inmediatamente después, y sin duda como efecto de lo anterior, la sede romana sale de su letargo para romper sus ataduras con respecto al cesaropapismo alemán, iniciando un movimiento de Reforma que, aunque preparado casi un siglo y medio antes desde las bases de la sociedad laica que reclama a la Iglesia su espiritualidad perdida por medio de la creación de movimientos monásticos como la Orden de Cluny, permita a la Iglesia jerárquica asumir un liderazgo incuestionable sobre Occidente. Su encarnizada lucha contra el poder universal que representa el Imperio alemán obligará a la Iglesia a convertirse en una auténtica monarquía para poder luchar contra éste en un plano de igualdad y renunciar, por tanto, a una buena parte de la dimensión espiritual que reclamaban los fieles desde hacía tiempo, pero la dotan a cambio de unos recursos administrativos sólidos y eficientes con los que contará desde entonces para ejercer su influencia en todos los rincones de la cristiandad latina.

Sólo a partir de esa nueva orientación es posible concebir la idea de Cruzada y el consiguiente reconocimiento por parte del conjunto de la sociedad del protagonismo ejercido por Roma. En contra de lo que suele creerse, semejante concepto se puso en marcha en el propio territorio occidental antes de la gran aventura en Tierra Santa, pues serán la España islámica y la fragmentada Sicilia los escenarios sobre los que, a lo largo de la segunda mitad del siglo XI, se lance en primera instancia la idea de recuperar el terreno perdido ante los «infeles». Tras unas décadas en las que la conciencia europea asimila plenamente la idea, el papa Urbano II, aprovechando las enormes dificultades del emperador bizantino, cree llegado el momento de proponer la recuperación de la ciudad santa de Jerusalén e iniciar así todo un programa expansivo en el que nadie pueda dudar ya del papel ejercido por el obispado de Roma al frente de Occidente.

La constitución de los reinos occidentales en la franja sirio palestina primero, y la proclamación del Imperio latino de Constantinopla después, terminarán por solidificar el abismo cultural entre Oriente y Occidente. Pese a que Bizancio ya no se recuperará de la experiencia del dominio latino, su resistencia simbólica en poco más que las islas griegas y la costa occidental de Anatolia, mantuvo la ficción de una cristiandad protegida frente al emergente poder de los turcos. Ello explica el pesar con que se recibió en toda Europa la caída de Constantinopla en 1453.

### Bibliografía

- ROUGIER, L. *El conflicto del cristianismo primitivo y de la civilización antigua*, Barcelona, 1989.
- VV.AA. *Perspectivas sobre Oriente y Occidente. Actas del II Curso de Primavera*. Santiago de Compostela, 2008.
- WARD-PERKINS, B. *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Madrid, 2007.
- WICKHAM, CH. *Una historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo, 400-800*, Barcelona, 2008.



## JUSTINIANO Y EL IMPERIO BIZANTINO

Pese a que ya desde los últimos años del siglo IV, y sobre todo a partir de la segunda mitad del V, podemos observar una evolución independiente del sector oriental del Imperio romano, no será hasta el reinado de Justiniano (527-565) cuando dichos territorios muestren unos perfiles bien definidos que nos permitan hablar de un nuevo proyecto político al que denominamos



FIGURA 05. Placas de hueso con relieve de guerreros. Imperio Bizantino, siglo XII. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).

Imperio bizantino. Semejante terminología, no obstante, no es más que una convención utilizada sólo a partir del siglo XVI y manejada de diferentes maneras por parte de los historiadores, pues son muchas las propuestas relativas al tránsito del Imperio romano de Oriente hacia el Imperio bizantino. Para algunos tal circunstancia puede asumirse ya desde el momento de la división del Imperio en dos mitades a la muerte de Teodosio, en el año 395; para otros será el reinado de Justiniano el que, con su programa de reformas, abre dicho período; y por último, para la mayoría, será el reinado de Heraclio (610-637) el que con su clara vocación helenizante, inaugure el Imperio medieval de Bizancio.

En todo caso, utilizando los recursos económicos y las bases ideológicas logradas por sus antecesores en el trono, Justiniano pone en marcha un ambicioso programa destinado a devolver el prestigio y el control de Mediterráneo a un Imperio romano que, consolidados los reinos germánicos de Occidente, podía sumirse en una autocomplacencia impropia de su brillante pasado. A pesar de las consecuencias que semejante programa tendrá a medio y largo plazo, de lo que no cabe ninguna duda es que su activación abre un período sobre el que se sustenta el factor prioritario que sirve para explicar la extraordinaria duración del régimen político bizantino: la asunción de un liderazgo incuestionable sobre el conjunto de la cristiandad que obliga a mantener una presencia física en Occidente que lo haga visible. Pero la recuperación territorial de algunas plazas estratégicas de ese Occidente mediterráneo no es, ni mucho menos, el único objetivo del emperador bizantino. La reestructuración administrativa y, sobre todo, el soporte legitimista que le habría de proporcionar la exhaustiva reelaboración del Derecho, cambiará para siempre la imagen que de Bizancio tengan sus propios habitantes y el conjunto del mundo que le rodea.

La historia de Bizancio estará íntimamente unida a los acontecimientos del Occidente cristiano y a la presencia musulmana en todo el Mediterráneo, aunque gozando siempre de un cierto halo de indestructibilidad como consecuencia de su sorprendente capacidad de adaptación a los tiempos. Y es que en pocas ocasiones podemos encontrar un ejemplo de acomodación tan llamativo como en este caso. El fracaso económico del proyecto de Justiniano creó una conciencia de rechazo a Occidente y, por lo tanto, a todo lo que tuviera que ver con la cultura latina, que empujó a sus líderes políticos a partir de Heraclio a buscar en la esencia griega del Imperio su nota más importante. La impredecible expansión del Islam y el amargo recorte territorial con que desde mediados del siglo VII hubo de conformarse Bizancio, ayudaron a implantar semejante

sentimiento en la sociedad bizantina, toda vez que ésta había quedado reducida prácticamente a las islas griegas y el Asia Menor, perdiendo para siempre la franja sirio-palestina y Egipto. Pero tal giro hacia la cultura griega no podía en ningún caso implicar una renuncia a la *romanidad* intrínseca del Imperio. He ahí la paradoja y la dificultad para que pudieran convivir dos elementos antagónicos. ¿Cómo renunciar a la cultura romana sin desligarse de la máxima realización de la misma, es decir, del propio Imperio? El ideario político bizantino descansa desde entonces en un principio tremendamente simple: la cultura romana hunde sus raíces en la Grecia clásica, de manera que acudir a su versión original, no implica, en modo alguno, la renuncia a la herencia de Roma. Antes al contrario, permitiría desarrollarla de manera más eficaz. Bastará con un cambio en la titulación oficial de los emperadores bizantinos –que a partir de entonces ostentaron el título de *basileus*–, para que dentro y fuera de sus fronteras se delimitaran los perfiles del nuevo Imperio.

El cambio de rumbo que supone esta decidida helenización del mundo bizantino a principios del siglo VII, no será en todo caso definitiva. Durante mucho tiempo planeó sobre el Imperio la necesidad de seguir siendo la primera autoridad sobre el conjunto de la cristiandad, y eso obligaba una y otra vez a tener en cuenta el protagonismo que a través del pontificado romano, pudieran tener los líderes occidentales. Así se entienden los sucesivos intentos por llegar a un entendimiento con Roma o por proceder a una ruptura permanente con ella desde el mismo momento en que se institucionaliza la Iglesia cristiana bajo la atenta mirada del emperador Constantino (272-337).

Tras los ensayos de Justiniano y del propio Heraclio por llegar a un compromiso definitivo entre ambas iglesias, asistiremos a un primer propósito de ruptura mediante el conflicto iconoclasta que, durante más de un siglo, preparará a la sociedad bizantina para lanzar la primera propuesta de separación entre las iglesias de Oriente y Occidente. Así, el cisma de Focio de mediados del siglo IX se convertirá en el primer acto de una larga partida que sólo terminará en 1054 con el llamado Cisma de Oriente, momento en el que las iglesias oriental y occidental quedarán separadas ya para siempre. Es oportuno hacer notar que dicho período de tensión previo a la ruptura coincide exactamente con la Edad de Oro del mundo bizantino, bajo el gobierno de la dinastía macedónica. Ello demuestra con claridad que la tensión religiosa entre Oriente y Occidente no supone de ninguna manera una tensión social equivalente. Antes al contrario, en la rivalidad con Occidente puesta de

manifiesto por medio del enfrentamiento entre las sedes de Roma y Constantinopla, el mundo bizantino encontrará un motivo de orgullo y de nueva justificación teórica de su particular concepción política. La corte imperial de la ciudad del Bósforo resplandecerá a un nivel inimaginable durante el gobierno de los macedonios.

El equilibrio entre la herencia cultural griega y el poder político romano se va a mantener en el Imperio bizantino mientras dure el auge cultural y la expansión militar y económica. La situación, sin embargo, se deteriora poco a poco a lo largo del siglo XII y alcanza un punto crítico en el año 1204 cuando los cruzados toman Constantinopla. A pesar de que Bizancio recupera la capital a los cruzados en el año 1261, el Imperio a partir de ese momento es un Estado residual. Es tal su debilidad política que lo único que sorprende es cómo pudo resistir durante tanto tiempo la conquista turca, que finalmente se consuma en el año 1453, cuando las tropas del sultán Mehmet entran en Constantinopla.

Sin embargo, durante los dos últimos siglos de su existencia, el Bizancio políticamente decadente vive inmerso en un esplendor cultural incluso superior al de la época de Constantino Porfirogéneto (905-959). Muchos de los más importantes intelectuales bizantinos de esta etapa emigran a Italia y se convierten en impulsores del movimiento humanista y en una de las causas del renacimiento del estudio de la Antigüedad clásica en Occidente.

## Bibliografía

- BRAVO, GARCÍA, A. *Bizancio. Perfiles de un Imperio*, Madrid, 1997.
- CASTILLO FASOLI, R. D. *Historia Breve de Bizancio*, Madrid, 2009.
- CLARAMUNT, S. *Las claves del Imperio Bizantino, 395-1453*, Barcelona, 1992.
- EVANS, J. A. *The emperor Justinian and the Byzantine Empire*, Westport, 2005.
- NICHANIAN, M. *Le monde byzantin économie et société du milieu du VIIIe siècle à 1204*, Paris, 2006.
- TREADGOLD, W. *Breve Historia de Bizancio*, Barcelona, 2001.
- WHITTOW, M. *The making of Byzantium, 600-1025*, Londres, 1996.

## 5

### ORGANIZACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA EN LA EDAD MEDIA: LA DIVISIÓN TRIPARTITA

En la segunda década del siglo XI, Adalberón de Laon y Gerard de Cambrai, obispos instruidos en la tradición y la cultura carolingia, formularon por primera vez un modelo de división social y también de comprensión del mundo según el cual la totalidad de los hombres pertenecía a uno de los tres «órdenes» siguientes: *oratores*, *bellatores* y *laboratores*. Gerard de Cambrai escribía a propósito que «el género humano desde sus orígenes había estado dividido en tres», mientras Adalberón lo expresaba de esta forma en un poema titulado *Carmen ad Robertum Regem Francorum*: «Unos rezan, otros combaten y otros trabajan. Estos tres órdenes, que coexisten, no sufren por estar separados: los servicios prestados por cada uno de ellos condicionan la realización de las obras de los otros dos. Por eso, este triple ensamblaje no deja por ello de ser uno».

Según Pierre Vilar, la sociedad tripartita que dibujan los dos obispos era en realidad una sociedad bipartita: sobre una gran masa de trabajadores se situaban dos superestructuras, la ideológica y la militar, que obviamente representaban a la Iglesia y a la casta feudal, los *oratores* y los *bellatores*, respectivamente. Los primeros, los que rezan, constituían el orden por excelencia, el rango más alto en la escala social que tenían en su cúspide al papado, intercesor entre las dos ciudades, la terrenal y la celestial. En el otro lado estarían los *bellatores*, a partir de los cuales surgió la teoría trifuncional

y cuya misión era mantener el orden. Eran también los propietarios de las tierras y tenían en sus manos la economía feudal que descansaba sobre los *laboratores*, a los que Aldaberón llama en algún momento esclavos (*servi*) y cuyo trabajo servía para mantener a los otros dos órdenes.

¿De dónde sacaron estos clérigos franceses la ideología trifuncional a la que dieron forma? Sobre esta cuestión, algunos autores piensan en clave antropológica que el esquema de las tres funciones sería el mito principal de las sociedades de filiación indoeuropea, la india de las castas –la teología del *Rig Veda* o del *Mahábhârata*–, la celta, la griega o la romana, transmitida por Julio César en los famosos *Comentarios sobre la guerra de las Galias*. Ahora bien ¿cuál fue el puente que comunicó la idea pagana de la trifuncionalidad con el cristianismo medieval de Occidente? Jean Batany piensa que semejante adaptación se iniciaría con San Isidoro a partir de la descripción que lleva a cabo en sus *Etimologías* de la división social de los romanos en tres categorías o grados, todas ellas pertenecientes al ámbito laico: senadores, milites y plebeyos. Más tarde, en el siglo IX, el teólogo alemán Rábano Mauro (c. 780-856) y los monjes Haymon (m. 865/6) y Henric de Auxerre (841-875?), sustituyen el modelo isidoriano por la triada de *sacerdotes*, *milites* y *agricultores*, como paso previo a la definitiva formulación de Adalberón de Laon y Gerard de Cambray.

Para otros autores, por el contrario, el puente se encuentra, no en San Isidoro, sino en otras fuentes, incluso algunas de procedencia celta, pues este modelo social aparece en el 898 en los comentarios a la traducción al anglosajón que hizo Alfredo el Grande, rey de Wessex, de la obra de Boecio, *De consolacione Philosophiae*; el rey señalaba entonces que para ejercer el poder convenientemente necesitaba de los hombres de oración, los hombres de guerra y los hombres dedicados al trabajo. Pero tal vez, como señala Georges Duby, sean los escritos del *pseudo Dionisio* los que de una forma más clara podemos señalar como responsables directos del esquema tripartito medieval. Se trata de un tratado teológico atribuido a un presbítero sirio del siglo IV –que no obstante gozará de crédito en la sociedad plenumedieval al ser identificado unas veces con Dionisio Areopagita y otras con el obispo Saint Denis– en el que se describe el mundo celeste y el terrestre utilizando una y otra vez el número de la Trinidad para fabricar los peldaños de tales realidades. Así, y para subrayar la imperfección del mundo de los hombres frente a la inmaculada estructura del mundo celeste, aquel sólo

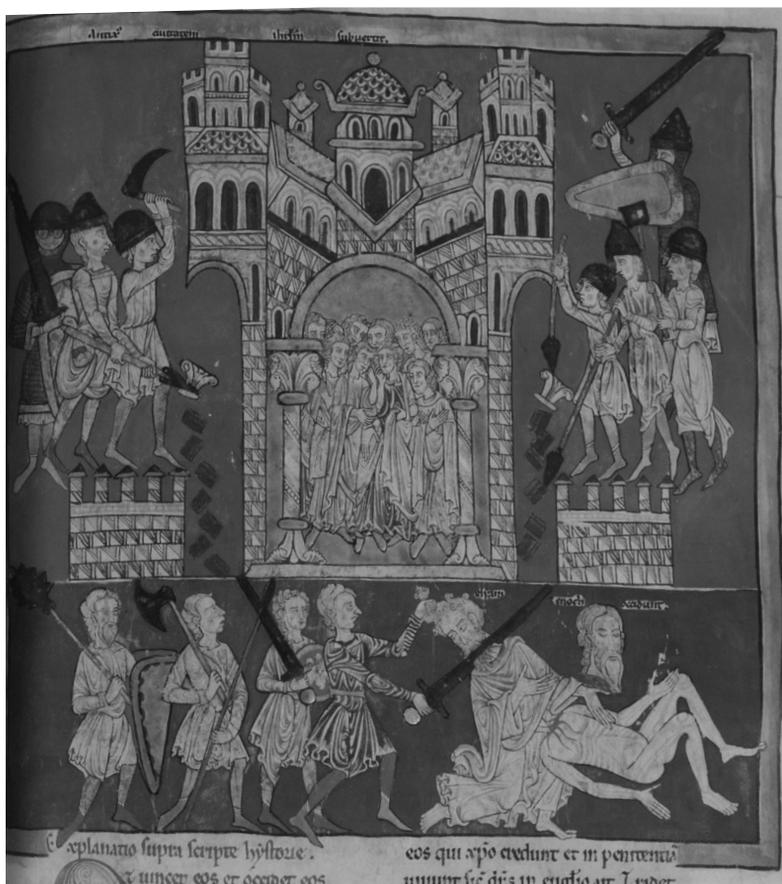


FIGURA 06. El Anticristo da muerte a dos testigos, Beato de San Pedro de Cardena, Burgos, ms. 2, fol. 106r. Siglos XII-XIII (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).

contará con dos niveles: el primero y más cercano a Dios, compuesto por la jerarquía eclesiástica, y el segundo por los *penitentes*, *catecúmenos* y *energúmenos*, cuyas dos primeras categorías es fácil asimilar con la nobleza y semi-nobleza, y la segunda con el resto de la población.

¿Cuáles fueron las razones para que el esquema trifuncional aparezca precisamente entre los años 1020-1030? La contestación a la pregunta hay que buscarla en «la lucha contra las novedades», según palabras de Duby, que llevan a cabo los dos clérigos franceses en plena revolución feudal. Era

necesario buscar una ideología que justificara el poder, la explotación señorial y la monarquía y todo ello lo encontraron Adalberon de Laon y Gerard de Cambrai en el esquema trifuncional, un esquema que si bien no se impuso en el momento en que fue formulado –seguramente la causa habría que buscarla en la debilidad de la monarquía Capeta–, sí lo hizo cuando la institución real resurge durante el reinado de Felipe II Augusto (1165-1223), el vencedor de la batalla de Bouvines, convertido por los ideólogos medievales, eclesiásticos en su mayoría, en el vértice de una sociedad tripartita de acuerdo con un plan divino: «reducir la sociedad a las formas y al encuadramiento que Dios había deseado para ella», como dijo su acólito Guillermo el Breton. Parece claro que el diseño transmitido por el *pseudo Dionisio* se adaptaba perfectamente a esas necesidades. Pierre Bonnassie ha señalado que la sustitución de la sociedad binaria por la ternaria «diluía las luchas de clases en la síntesis lenitiva de la trifuncionalidad».

La expansión del esquema tripartito funcional al resto de la Europa occidental fue efectiva, aunque las transformaciones sociales que tuvieron lugar desde entonces obligaron a cambios en su estructura y en el propio vocabulario: en el siglo XIII el término *ordo* fue sustituido por el de *status*, y en el siglo XVII pasó a denominarse *estados generales* en Francia, como los bautizó el famoso jurisconsulto Charles Loyseau. Por fin, en 1789, con la Revolución francesa, los *estados* y el esquema funcional tripartito desaparecerán para siempre. En definitiva, la Iglesia medieval había logrado transformar un mensaje religioso original de liberación en otro opresor que justificaba el dominio de los poderosos con la enorme habilidad de no cambiar una coma del primero. Se trataba únicamente de apelar a una interpretación de los designios divinos que, por más que fuera contraria a los más elementales principios expresados por Jesús de Nazaret, tuvieron desde entonces un gran éxito.

El orden tripartito todavía está vigente en la península ibérica en tiempos de Alfonso X, cuyas *Partidas* constituyen el mejor ejemplo y el testimonio más explícito de su aplicación: «así como los que ruegan a Dios por el pueblo son dichos oradores, e otrosí los que labran la tierra, e fazen en ella aquellas cosas, porque los omes han de vivir e de mantenerse, son dichos labradores. Otrosí, los que han de defender a todos, son dichos defensores».

## Bibliografía

- ALVARADO, J. «Memoria, mito y realidad de la sociedad de los tres órdenes» en *XIII Semana de Estudios Medievales, Nájera, del 29 de julio al 2 de agosto de 2002*, Logroño 2003, pp. 263-280.
- BATANY, J. «Mythes indo-européens oy mythe des indo-européens: le témoignage medieval» en *Annales ESC*, 40, 1985-1.
- BONNASSIE, P. *Vocabulario básico de la Historia Medieval*, Barcelona, 1988.
- DUBY, G. *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Barcelona, 1983.
- DUMÉZIL, G. *Apollon Sonore et autres essais*, Paris, 1982.
- MARAVALL, J. A. «La sociedad estamental castellana y la obra de D. Juan Manuel» en *Estudios de historia del pensamiento español*, Madrid, 1967.
- VILAR, P. *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, 1999.



## 6

### EL MONACATO: LA «CONCIENCIA» EVANGÉLICA DE LA IGLESIA

A lo largo de la extensa historia de la Iglesia, y desde su aparición en las tierras de Palestina en los primeros siglos del cristianismo, la vida cenobítica y su continua aspiración a mantener entre los suyos el espíritu genuinamente evangélico ha representado un modelo que, a menudo, contrastaba con la opulenta y clasista Iglesia jerárquica. Tanto en Oriente como en Occidente, los brotes espontáneos de religiosidad que dieron lugar al nacimiento de los diferentes modelos y reglas monásticas, se enfrentaron al clero diocesano denunciando constantemente sus formas de vida poco acordes con el espíritu cristiano que decían representar. Es por ello que las sedes episcopales trataron en todas partes de incorporar de algún modo a estas comunidades anárquicas dotándolas de unas «reglas» de funcionamiento que, en última instancia, y aunque sólo fuera a través de la figura del abad, quedaran vinculadas a sus directrices.

El modelo original de esta especie de república que eran los monasterios, y que surge como ya hemos dicho en el Próximo Oriente mediterráneo, muestra dos alternativas bien diferentes: la que podríamos llamar *oriental* –que reciben el nombre de *lauras*–, en la que cada uno de los miembros de la comunidad vivía aislado aunque obligado a reunirse con sus hermanos anacoretas cada cierto tiempo, y la *helénica*, en la que realmente se establecía una convivencia permanente en la que todos

sus miembros trabajaban para el sostenimiento de la comunidad. Este segundo modelo fue institucionalizado ya en el siglo IV y sería, como puede entenderse, el más fácilmente instrumentalizado por la Iglesia jerárquica para proyectar ante la sociedad una imagen evangélica difícil de mostrar en otras instancias.

Aunque el fenómeno monástico se trasplantó inmediatamente a la sociedad cristiana de Occidente, la inestabilidad política del naciente mundo germánico aconsejó tomar medidas inmediatas para regular el papel de estas comunidades y ponerlas, también en estos territorios, bajo la tutela del poder episcopal. Es así como nace la Regla de San Benito, que con su clásica división del tiempo entre la liturgia y el trabajo –*ora et labora*– supuso el respaldo definitivo a las aspiraciones hegemónicas de Roma que observamos ya de forma contundente durante el pontificado de Gregorio Magno (590-604). Sin embargo, también aquí los movimientos monásticos muestran desde el principio unos perfiles peculiares que muchas veces les alejan de las directrices oficiales de la Iglesia. Tal vez el caso más significativo sea el del monacato irlandés, cuyos originales rasgos influyeron notablemente en las formas definitivas de la religiosidad católica que emergen durante la Alta Edad Media.

Pero a pesar de las iniciativas monásticas y de la regulación que de las mismas se lleva a cabo desde el pontificado, los siglos altomedievales no son el mejor escenario para su desarrollo y, sobre todo, para el contagio de sus ideales de vida al conjunto de la sociedad. Y es que en los alrededores del año mil la Europa latina todavía está sumida en una «irracionalidad» –que se pone de manifiesto a través de indicadores tan evidentes como el auge del maniqueísmo o la consolidación de las ordalías como prueba testifical en los juicios–, de la que ni siquiera el *renacimiento carolingio* había logrado sacarla. Precisamente la conciencia generalizada de estar atravesando una etapa de deterioro moral e intelectual es lo que abre la puerta a un sentimiento de necesaria reforma que encontrará en los monasterios o, por mejor decirlo, en el movimiento monástico, su inicial caballo de batalla.

Desde comienzos del siglo X surge ya una renovación espiritual que se sustancia en el nacimiento de una serie de iniciativas llevadas a cabo por comunidades cristianas que tratan de encauzar la conciencia de cambio a



FIGURA 07. Claustro del Monasterio de Santo Domingo de Silos, Burgos (Castilla y León).

través de una vida eremítica o monástica que supere los vicios de los siglos precedentes. Tengamos presente que el control del pontificado que ejercerá en esa misma centuria el imperio alemán desde la coronación de Otón I, deja al margen del espíritu de renovación a la jerarquía eclesíastica, habiendo de ser los fieles los encargados de iniciar un camino de reforma que sólo culminará siglo y medio más tarde.

Conscientes de la inoperancia del pontificado para llevar a cabo el deseado saneamiento del clero, nacen nuevos focos de eremitismo y monasticismo que pretenden ante todo reclamar el protagonismo de la Santa Sede y, tal vez, también evitar la contaminación que la mayoría de los monasterios estaban sufriendo como consecuencia del control ejercido sobre ellos por parte de los cada vez más «señorializados» obispados de Occidente. Esa es la razón por la que la Orden que mejor representa este espíritu inicial de reforma, Cluny, se declara desde el momento mismo de la fundación de su abadía madre en el ducado de Borgoña, independiente de la diócesis eclesiástica en la que se ubica y de cualquier otra instancia señorial laica a la que pudiera estar sujeta en virtud de las tierras que utiliza para su supervivencia. Declara su vinculación directa del obispado de Roma, así como una espiritualidad renovada que con el tiempo mostrará los frutos del contagio que ello supone para el conjunto de la sociedad.

El éxito y la proliferación de los monasterios cluniacenses que desde entonces se instalan en toda Europa, llevará a algunos de sus monjes a ostentar el capelo cardenalicio y a influir decisivamente en la Reforma Gregoriana de la segunda mitad del siglo XI. No olvidemos que el propio Gregorio VII procede de las filas de la Orden. Pero será precisamente el poder acumulado por Cluny lo que hará surgir muy pronto a otras órdenes monásticas que apelan a esa aspiración inicial del espíritu evangélico y de pobreza. Entre estas nuevas órdenes destaca la del Cister, cuyo miembro más destacado, Bernardo de Claraval, la llevaría hacia unas cotas de protagonismo inimaginable para cualquier organización monástica en los siglos altomedievales. Algunos de sus miembros llegaron a ocupar el pontificado y, merced al apoyo obtenido por parte de los monarcas de todos los rincones de Europa, llegaron a marcar las directrices de la Iglesia reformada de la Plena Edad Media.

Una vez más, como ya le ocurriera a los cluniacenses, el enriquecimiento excesivo de la Orden del Cister le hizo perder el papel de ejemplo evangélico ante la sociedad, provocando su decadencia a partir del siglo XIV. Serán entonces las órdenes mendicantes las que, ubicadas en el interior de unas ciudades cada vez más protagonistas de la política y la intelectualidad del momento, ocuparán el puesto dejado por los más apartados y rurales monasterios cistercienses que, no obstante,

continuarán existiendo mediante un programa de acomodación a los nuevos tiempos, aunque renunciando para siempre a su tutela moral desde posiciones privilegiadas.

### Bibliografía

- COLOMBAS, G. M. *El monacato primitivo*, 2 vols. Madrid, 1974.
- COWDREY, H. E. J. *The Cluniacs and the Gregorian Reform*, Oxford, 1984.
- FERZOCO, G. *Medieval monastic education*, Leicester, 2005.
- LAWRENCE, CH. *El Monacato Medieval. Formas de vida religiosa en Europa Occidental durante la Edad Media*, Madrid, 1999.
- MITRE FERNÁNDEZ, E. *Iglesia y vida religiosa en la Edad Media*, Madrid, 1991.
- PACAUT, M. *L'Ordre de Cluny, 909-1789*, Paris, 1986.
- VAUCHEZ, A. *La espiritualidad en el Occidente medieval*, Madrid, 1985.



## EL NACIMIENTO DE EUROPA

La primera referencia que se tiene de Europa, la hicieron los antiguos asirios que llamaron *Ereb* a las tierras situadas en el extremo occidental del gran continente euroasiático, las tierras oscuras donde se ponía el sol. Muchos años después, en la Grecia clásica, el padre de la historia, Herodoto (480-424 a.C.), se refería a Europa como una de las tres partes del mundo, las otras dos eran Asia y Libia (África), aunque decía desconocer la etimología exacta de su nombre, que seguimos ignorando en la actualidad. Tampoco se conoce su relación con el mito homérico del rapto de Europa que llevó a cabo el dios Zeus bajo una apariencia de toro, una representación que se ha convertido en uno de los iconos más conocidos de la historia del arte y en una especie de metáfora fundacional del Viejo Continente.

En un momento dado Europa dejó de ser un paisaje, una geografía o un mito para convertirse en un espacio común, en una patria, como la definió el humanista Eneas Silvio Piccolomini en 1458. ¿Cuándo sucedió? El gran historiador francés Marc Bloch señaló en su día que Europa había surgido como una realidad política y cultural cuando Roma se desmoronó, un hecho al que cabe asignar varias fechas. Una de ellas sería el año 476, cuando Odoacro destrona al emperador Rómulo Augústulo y dio por terminado el Imperio romano de Occidente, aunque probablemente la más simbólica de todas sería la que se corresponde con la fría noche de

San Silvestre del año 406, cuando un gran número de hombres y mujeres cruzaron el helado río Rhin, dando comienzo a las más violentas invasiones bárbaras de Occidente: suevos, vándalos alanos, godos, burgundios, sajones... toda una serie de pueblos que, en su mayoría, llegaron para quedarse y, lo que es más importante, convirtieron ese «encuentro» en uno de los elementos claves que explican el origen de la civilización europea: «De momento, las heridas que los godos nos han infligido continúan aún frescas, pero pronto serán nuestros compañeros de mesa y combate y participarán en las funciones públicas», dijo el orador Temistio a finales del siglo IV. Apenas tres siglos después, Beda el Venerable decía que Europa se había convertido en un lugar creíble (*locus credibilis*).

Junto a los restos de la tradición grecolatina y a la mezcla de pueblos y culturas que supuso la llegada de los bárbaros, otro elemento que gestó Europa como realidad y representación fue el cristianismo, que desde Constantino apuntaba hacia su conversión en la religión oficial del Imperio, pero que también era una ideología que llegará a ser denominador común de la Europa medieval: se cristianizó la sociedad entera, incluidos los bárbaros, el paisaje urbano, la cultura y el arte, tanto que a finales del siglo XI el término cristiandad era aceptado para describir el territorio de Occidente, porque expresaba como ningún otro, según Le Goff, el sentimiento de identidad colectiva de los europeos: solo a finales de la Edad Media, el término compartirá protagonismo con el de Europa, aunque su utilización perdurará durante varios siglos.

Otra fecha clave en este camino hacia la europeidad, lo constituye la *hégira* del profeta Mahoma desde La Meca hasta Medina en el año 622, convertida en el acontecimiento fundacional de la religión islámica. Su rápida expansión hacia el oeste tuvo su final en Poitiers, el 11 de octubre de 732, cuando las tropas de Carlos Martel, el salvador de Occidente como le llamarán con posterioridad, derrotaron a los ejércitos musulmanes: el eco de la batalla fue tan importante que la Crónica Mozárabe del año 754 alude a la batalla y cuenta como los europeos (*europenses*) se enfrentaron con éxito a los árabes y como después de repartirse convenientemente el botín, «se vuelven alegres a su patria». Que la mención a los europeos se haga en un contexto de una batalla defensiva contra los musulmanes, ha llevado a varios autores a considerar el hecho de que el germen de una conciencia de europeidad estuvo relacionado con la aparición



FIGURA 08. La visión de Dios y la orden de escribir. Miniatura mozárabe del «Beato de San Millán de la Cogolla» (La Rioja). Codice 33, fol 20v. (Real Academia de la Historia. Madrid).

del Islam. El historiador Henri Pirenne sostenía en uno de sus trabajos más afamados, aunque quizás de forma exagerada, que sin Mahoma no hubiera existido Carlomagno o, lo que es casi lo mismo, que no hubiera existido Europa.

De lo que no cabe duda es de la importancia de la figura de Carlomagno. Su coronación como emperador en la Navidad romana del año 800, supuso el nacimiento de una entidad pública nueva, un renacido Imperio, con el objetivo de fortalecer la independencia de la cristiandad latina frente a las directrices del emperador de Bizancio, lo que de hecho suponía asumir la pertenencia a una entidad socio-cultural que paulatinamente se iba definiendo. La coronación era el fruto del acuerdo entre Roma y Carlomagno que concluía que el ahora emperador recibía un título que, si bien no tenía atribuciones concretas, le daba un prestigio –sería señor de otros príncipes– parecido al que habían gozado los antiguos césares, y un arma política para la unificación del Occidente cristiano y la consolidación de su autoridad monárquica sobre las diferentes tribus francas, los lombardos y sobre los estados de la Iglesia, unos territorios que en poco diferían del antiguo Imperio romano de Occidente. Por su parte, Roma lideraría espiritualmente todos los territorios de la *pars occidentis*, contrarrestando así la influencia de los patriarcas orientales y lo que era aún más significativo, tutelando la nueva entidad política y marcando sus directrices: la propia coronación era el mejor ejemplo de la nueva situación que la Iglesia quería imponer a Europa: un rey arrodillado frente al papa mientras recibe la corona imperial.

La aspiración del papado estaba fundamentada en la teoría de las dos espadas, la espiritual y la temporal, una interpretación evangélica que sostenía que el obispo de Roma era el depositario de las dos, aunque la segunda, la temporal, quedaba en manos del emperador con el objetivo de defender a los fieles de Cristo. La interpretación se vio reforzada por la famosa, efectiva y falsa donación de Constantino –*Donatio Constatini*– elaborada a mediados del siglo VIII, cuyo contenido advertía de que el emperador Constantino el Grande había donado la mitad occidental de su Imperio al papa Silvestre. Para muchos historiadores, este documento, aunque falso, constituye el elemento más significativo de la construcción de Europa y un paso adelante en la toma de conciencia de sí misma.

## Bibliografía

BRAUDEL, F. *L'Europe, le temps, les hommes*, Paris, 1987.

LE GOFF, J. *La civilización del Occidente medieval*, Madrid, 1999.

— *¿Nació Europa en la Edad Media?*, Barcelona, 2003.

- LEWIS, D. L. *El crisol de Dios. El Islam y el nacimiento de Europa (570-1215)*, Barcelona, 2009.
- MOORE, R. Y. *La primera revolución europea (c.970-1215)*, Oxford, 2000.
- NOVOA PORTELA, F. y VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J. (eds.) *Historia de Europa a través de sus documentos*, Barcelona, 2012.
- PIRENNE, H., *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, 2008.



## CARLOMAGNO: LA RENOVACIÓN CULTURAL Y POLÍTICA EN OCCIDENTE

La muerte de Dagoberto I en el año 639 cerraba en Francia la época de esplendor merovingio inaugurada por el mítico rey Clodoveo. A partir de ese momento, se suceden los monarcas que la historia conoce con el nombre de «reyes holgazanes», y que son los responsables de ceder el poder de la monarquía a la poderosa nobleza franca, impulsando el protagonismo de los mayordomos de palacio. En la región de Austrasia será la familia de los carolingios la que asuma desde comienzos del siglo VIII una auténtica labor de restauración del reino, aunque respetando la legitimidad dinástica que aún representaban los merovingios.



FIGURA 09. Anverso y reverso de un dinero de plata de Carlomagno acuñado en la Marca Hispánica. Hacia 793-814. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).

Circunstancias ajenas al mundo franco, como la irrupción musulmana por el sudoeste de Europa en esa misma centuria, otorgaron a los carolingios un prestigio añadido. Así, la detención de los mismos en Poitiers bajo las órdenes de Carlos Martel (732), convirtió al reino de los francos en la única instancia militar de la Europa latina capaz de defender su integridad territorial frente a los poderosos enemigos exteriores. Con semejantes credenciales, es fácil entender la expansión del reino más allá del Rin en los años inmediatamente posteriores.

Actuando como rey sin corona, el hijo y sucesor de Carlos Martel, Pipino el Breve, trató de ganarse el favor de la Iglesia –única instancia capaz de sancionar la legitimidad real por aquel entonces– estableciendo una eficaz defensa del papa Esteban II frente a las pretensiones de dominio en Italia de los reyes lombardos. En un momento en el que el pontífice no podía contar con la ayuda de las tropas bizantinas, habida cuenta de la lucha iconoclasta que por aquellos años ensombrecían las relaciones diplomáticas entre ambos, contar con una monarquía germánica que fuera capaz de defenderle suponía para la Santa Sede una garantía nada despreciable. Pero el concurso de una simple familia nobiliaria no era suficiente para avalar en el futuro la defensa que el papa necesitaba. Nada más oportuno, por tanto, que ascender a los carolingios a la dignidad real declarando que, para el caso de los francos, era legítimo proceder a una sustitución dinástica de manera que la corona recayera en los que tenían el poder «de hecho», aunque no «de derecho». El «golpe de Estado» protagonizado en el año 751 por el obispo de Roma fue recompensado con la creación del Patrimonio de San Pedro. Con objeto de aquilatar la alianza franco-pontificia, se elaboró un documento extraordinario, la «falsa donación de Constantino», en la que se ponían las bases de la organización político-religiosa de Occidente para los siglos venideros. Por una parte, la Iglesia se había convertido en el indiscutible árbitro en el mundo romano-germánico, y por otra el reino de los francos se elevaba hacia la hegemonía política del conjunto de Occidente.

Cinco décadas más tarde, y una vez que se dieron las condiciones necesarias, el nuevo proyecto de articulación de la Europa latina quedó consolidado mediante la restauración de la dignidad imperial. El día de Navidad del año 800, Carlomagno recibía en Roma la corona que le acreditaba como emperador de manos del papa León III. El título imperial, desde luego, no iba a equiparar a Carlomagno con el emperador bizantino, pues en este caso no es

posible admitir la correspondencia entre el mismo y un territorio definido y, mucho menos, garante de una ley objetiva, universal y común para todos los súbditos. Por el contrario, hemos de seguir hablando de un régimen político netamente germánico y, por consiguiente, de carácter patrimonial.

Nada cambiaría a partir de entonces en la fragmentación y equilibrio de las distintas monarquías germánicas, pero al menos daría pie al nacimiento de una conciencia de unidad cultural en el conjunto de la antigua *pars occidentis* del viejo Imperio romano que, eso sí, había visto como se trasladaba su centro neurálgico desde el Mediterráneo hasta la plataforma continental. Como proyecto político, el Imperio carolingio no se extiende más allá de mediados del siglo IX, aunque en tan corto período de tiempo conoce dos fórmulas completamente diferentes: la del propio Carlomagno, que trata de mantener un cierto equilibrio con la Iglesia asumiendo sin intromisiones el protagonismo político, y la de su hijo y sucesor, Luis el Piadoso, que interpreta el Imperio como una misión eminentemente espiritual y, consecuentemente, eleva a los eclesiásticos francos a una categoría política que viene a romper el equilibrio logrado por su antecesor. Tal vez por ello, cuando volvamos a ver nacer un proyecto imperial en Occidente bajos los otones, la primera premisa que éstos mantienen será precisamente su superioridad indiscutible sobre el papa.

La coronación de Carlomagno supone, en la práctica, el reconocimiento de una dualidad de poderes universales para el conjunto de la cristiandad y, para el entorno franco, la convivencia de dos nociones de poder sustancialmente distintas: por una parte la representada por el principio germánico del reparto de la herencia –que afecta a sus titulares en tanto que reyes– y por otra la de la indivisibilidad correspondiente al Imperio. Tal yuxtaposición de criterios políticos tendrá fatales consecuencias desde el mismo momento en que exista más de un heredero al trono. Así, durante el reinado de Luis el Piadoso, habrá de promulgarse la *Ordinatio Imperii* como fórmula jurídica capaz de conciliar tales presupuestos: sólo el primogénito recibiría la dignidad imperial, aunque sus dominios territoriales serían equivalentes a los de sus hermanos. La clásica rivalidad entre los herederos creada a partir del tradicional reparto germánico se verá agravada por el hecho de tener que reconocer todos ellos una autoridad del mayor de los hermanos.

Pero a pesar de las deficiencias e insuperables dificultades que el modelo político del Imperio carolingio presenta, es fácil detectar una tendencia

hacia la superación del radical *germanismo* merovingio mediante la utilización de algunos elementos propios de la *romanidad* que va pareja al nuevo título. En ese sentido, la propia administración se depura en alguna medida, aunque hemos de reconocer que seguirá adoleciendo de un primitivismo que se pone de manifiesto, sobre todo, por la escasa especialización de sus representantes y por el alto grado de dependencia que los mismos muestran hacia la persona del monarca. No obstante, la fórmula de los *condados*, *ducados* y *marquesados* como unidades administrativas básicas de las monarquías en Occidente, que de una u otra manera se mantendrá vigente durante siglos en toda Europa, tiene su origen precisamente en estos intentos de romanización del Imperio carolingio.

De forma paralela, y tal vez mucho más importante que lo anterior, se acometerá también un programa de reactivación cultural –el llamado *renacimiento carolingio*– que aunque mucho más pobre en los resultados de lo que sin duda se pretendía, supuso el primer paso hacia el despegue intelectual de la Europa latina unas centurias más tarde. Pensemos, por ejemplo, en el papel que habrá de jugar la llamada Corte de Aquisgrán y la confluencia en la misma de los hombres de letras más relevantes de todos y cada uno de los rincones de Europa, así como la invención de un nuevo tipo de letra –la minúscula carolina– capaz de acercar la lectura a un número cada vez mayor de personas.

## Bibliografía

- FICHTENAU, H. *L'Empire carolingien*, Paris 1981.
- HALPHEN, L. *Carlomagno y el Imperio Carolingio*, Madrid, 1992.
- ISLA FREZ, A. *La Europa de los carolingios*, Madrid, 1993.
- LEBECQ, ST. *Les origines franques. Ve-IXe siècle*, Paris, 1990.
- McKITTERICK, R. *Charlemagne the formation of a european identity*, Cambridge, 2008.
- *La Alta Edad Media : Europa, 400-1000*, Barcelona, 2002.
- PERROY, E. *Le monde carolingien*, Paris, 1974.
- PIRENNE, H. *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, 2008.
- RICHE, P. *Les carolingiens. Une famille qui fit l'Europe*, Paris, 1992.

## EL ISLAM: UNA COMUNIDAD POLÍTICO-RELIGIOSA

Entre finales del siglo VI y principios del VII tienen lugar en la Europa occidental varios procesos de unificación política: en Italia se consolida el reino lombardo bajo la fórmula impuesta por el rey Agiulfo; en Inglaterra van alcanzando perfiles propios los diferentes reinos de la heptarquía anglosajona; en Francia el reino merovingio conoce su último período de florecimiento bajo el rey Dagoberto; y en la península ibérica el reinado de Recaredo supone la superación de la división entre arrianos y católicos. Todo ello coincide con el repliegue bizantino y la búsqueda de su nueva identidad de signo helenizante bajo el emperador Heraclio. Pero es esta etapa también la del nacimiento de la tercera unidad cultural y política que compartirá con las dos anteriores el protagonismo en el mundo mediterráneo durante toda la Edad Media: el Islam.



FIGURA 10. Dinar de oro de Al-Hakam II. Siglo X.  
(Museo Arqueológico Nacional. Madrid).

El punto de partida de esta nueva entidad hemos de situarlo en una zona relativamente marginal en el marco de las culturas de la Antigüedad y de los primeros siglos medievales. A pesar de ello, en poco menos de un siglo su arrolladora fuerza les lleva a ocupar una enorme extensión de terreno, desde su asentamiento original en la península arábiga hasta las inmediaciones del Estrecho de Gibraltar en el 711. El fenómeno, tan sorprendente a primera vista, puede explicarse a partir de la consideración de un tráfico mercantil desarrollado desde mucho tiempo atrás en Arabia, que aseguraba la comunicación entre el valle del Nilo y Mesopotamia por una parte, y entre el mar Rojo y el Golfo Pérsico con el Índico, por otra, y que fue creando una conciencia colectiva entre sus habitantes de su propio potencial económico. Sólo hacía falta un argumento que uniera los intereses de las distintas tribus que allí se daban cita. Y eso, precisamente, es lo que proporcionó el carácter de la doctrina predicada por Muhammad, castellanizado como Mahoma.

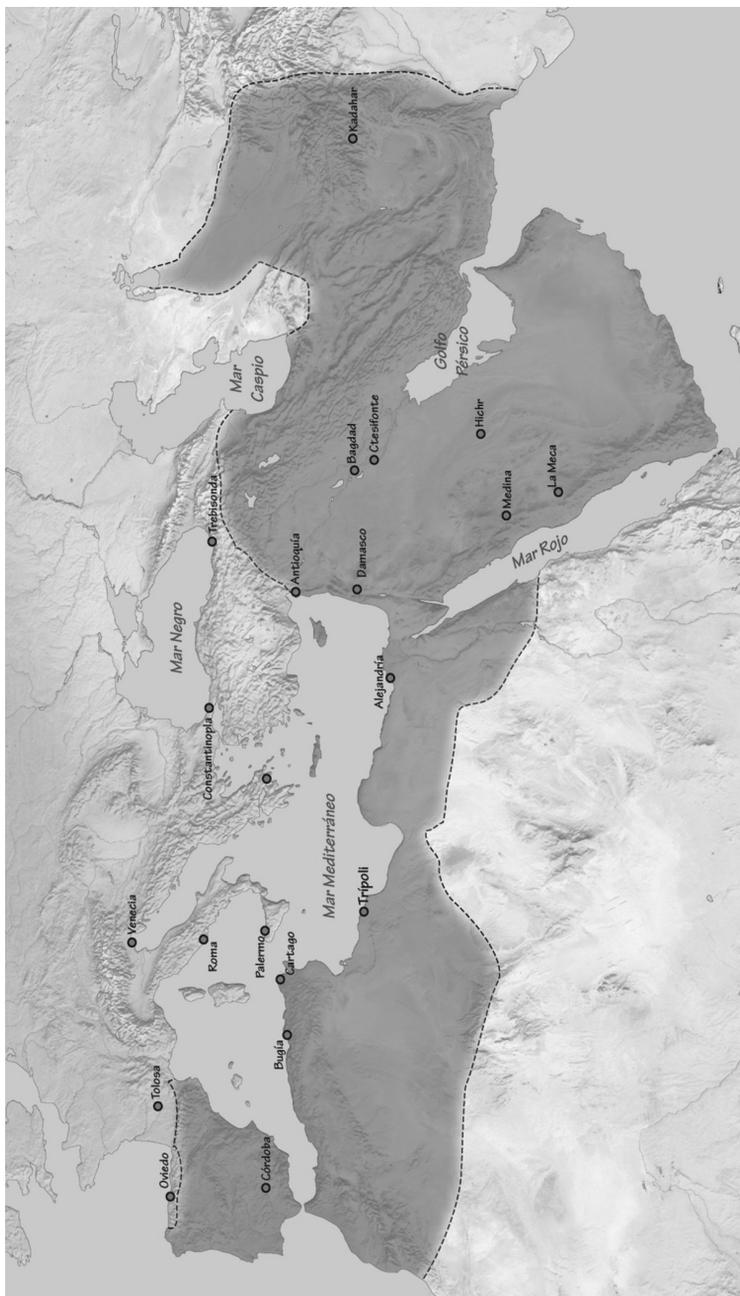
Con anterioridad al nacimiento del Profeta, Arabia había logrado establecer algunos elementos de unificación a lo largo de los siglos V y VI, convirtiendo a la ciudad de La Meca en el núcleo de la comunicación comercial más importante entre el Yemen y el desierto sirio y Asia Anterior, lo que permitió aglutinar las creencias religiosas alrededor del santuario común de la Kaaba. La tribu de los *qurays*, a la que pertenecía el propio Muhammad, se convirtió en protectora de tal santuario, verdadero embrión de las aspiraciones de unidad del pueblo árabe. Si a ello unimos la presión ejercida en la zona como consecuencia de las ansias imperialistas de Bizancio y de los persas sasánidas, es fácil entender que las diferentes tribus árabes comenzaran a tomar conciencia de que sólo mediante su unidad podrían aprovechar realmente su potencial contrastado a lo largo del tiempo.

Desde el punto de vista religioso, hay que tener en cuenta que el contacto mantenido con diversas comunidades cristianas y judías fueron provocando una cierta maduración monoteísta entre esas mismas tribus árabes, de tal manera que Muhammad sólo tenía que apelar a esa mezcla de sentimientos ya suficientemente sedimentados para constituir un sistema político-religioso que rompería para siempre el equilibrio anterior.

Pero la fundamentación teórica de la nueva doctrina era vista con recelo por parte de la oligarquía mercantil de La Meca, pues por una parte su carácter monoteísta ponía en peligro el lucrativo politeísmo organizado en torno a la Kaaba; por otro lado, el individualismo que propugnaba podía socavar la organización en clanes del mundo árabe; y por último, la solidaridad exigida al creyente no casaba bien con el engrandecimiento económico que pretendían los dirigentes *qurays*. Será el rechazo que producen estos elementos lo que lleve a Muhammad a abandonar La Meca para refugiarse en Yatrib (Medina) dando así lugar a la *hégira* (hichra), momento a partir del cual comienza la cronología musulmana. A pesar de la oposición quraysí, la sociedad árabe terminó por aglutinarse en torno a la figura del Profeta, razón por la cual la ciudad de La Meca hubo de rendirse a la evidencia y permitir el regreso de Muhammad. A partir de entonces, se multiplicaron los pactos de sumisión al Islam de manera que ya en el año 632 la unificación de Arabia era prácticamente un hecho. La nueva comunidad de creyentes (*umma*) superó rápidamente los lazos de parentesco de la organización tribal, dando lugar a una fusión del poder político y religioso desconocido en el mundo Mediterráneo.

La historia conoce a los sucesores de Muhammad, unidos a éste por vínculos de sangre, como «califas ortodoxos». En el breve espacio de sus gobiernos (632-661) llevaron a cabo la primera organización de la nueva comunidad, la fijación de los principios islámicos mediante la primera redacción del Corán y, sobre todo, las iniciales y más llamativas conquistas extrapeninsulares. Pero también será entonces cuando asistamos a la primera división del mundo islámico como consecuencia de las desavenencias en la sucesión de Alí, el yerno de Muhammad. Surgen entonces las dos grandes corrientes del mundo islámico que todavía hoy subsisten –sunnitas y chiítas– a los que muy pronto habrá que sumar un amplio elenco de disidentes que busquen la compensación territorial necesaria tras la vertiginosa expansión inicial.

Y es que hay que pensar que en estos primeros años el Islam logra hacerse con el control de la Mesopotamia sasánida, la franja sirio palestina del Imperio bizantino, e incluso Egipto y buena parte del norte de África, o lo que es lo mismo, los puntos neurálgicos del comercio caravanero del momento. Está claro que la debilidad de persas y bizantinos durante la primera mitad del siglo VII facilitó enormemente la gesta islámica,



MAPA 02. El Islam en tiempos del califato abasi.

aunque tampoco hemos de despreciar el efecto sorpresa de tal avance y, sobre todo, la habilidad mostrada por los sucesores de Muhhammad para administrar adecuadamente los nuevos territorios. Sólo mediante una política de tolerancia hacia los que ellos consideraban las *Gentes del Libro* –judíos y cristianos– lograron disponer de gran parte de los recursos económicos proporcionados por las conquistas y de un escaso rechazo de la población a los nuevos mandatarios.

Pero el desmedido crecimiento territorial del Islam relegó muy pronto a la península arábiga a una posición secundaria. La orientación económica de la comunidad posibilitó el ascenso de los omeyas a través del gobernador de Siria, Moawiya, en tanto que el legitimismo chiita se hacía fuerte en el antiguo solar de los sasánidas. Dos planteamientos e intereses bien diferentes que, en todo caso, y como decíamos antes, reducía a Arabia a una simple referencia religiosa.

Ni la dinastía de los omeyas primero (661-750), superando el estado teocrático de sus predecesores e implantando una relativa secularización, ni la de los abbasidas después (750-1258), volviendo a un modelo mucho más ligado a los preceptos religiosos, lograron disolver las fuerzas centrífugas que habían nacido en estos primeros compases del Islam. Tal vez por ello no supieron rentabilizar su innegable superioridad militar y económica frente al mundo cristiano que, a pesar de sus profundas dificultades enmarcadas en su deriva feudalizante, logrará imponerse definitivamente tras la dilatada aventura de las cruzadas. Buena prueba de ello es la aparición, ya desde el siglo X, de diferentes califatos que no vienen sino a mostrar el creciente recelo de las provincias hacia el centralismo impuesto para controlar tal disgregación. Andalusíes y fatimíes son las caras más visibles de la división del mundo islámico y de su consecuente debilidad.

### Bibliografía

- BRESC, H. GUICHARD, P. y MANTRAN, R. *Europa y el Islam en la Edad Media*, Barcelona, 2001.
- ESPOSITO, J. L. *Islam. Pasado y presente de las comunidades musulmanas*, Barcelona, 2006.
- RIPPIN, A. *Muslims: Theirs religious beliefs and practices*, Vol. I *The formatione period*, Londres, 1990.

SÉNAC, PH. *El Occidente medieval frente al Islam*, Granada, 2011.

SOURDEL, D. y SOURDEL, J. *La civilización del Islam clásico*, Barcelona, 1981.

TOLAN, J. V. *Sarracenos. El Islam en la imaginación medieval europea*, Valencia, 2007.

WAINES, D. *El Islam*, Madrid, 2008.

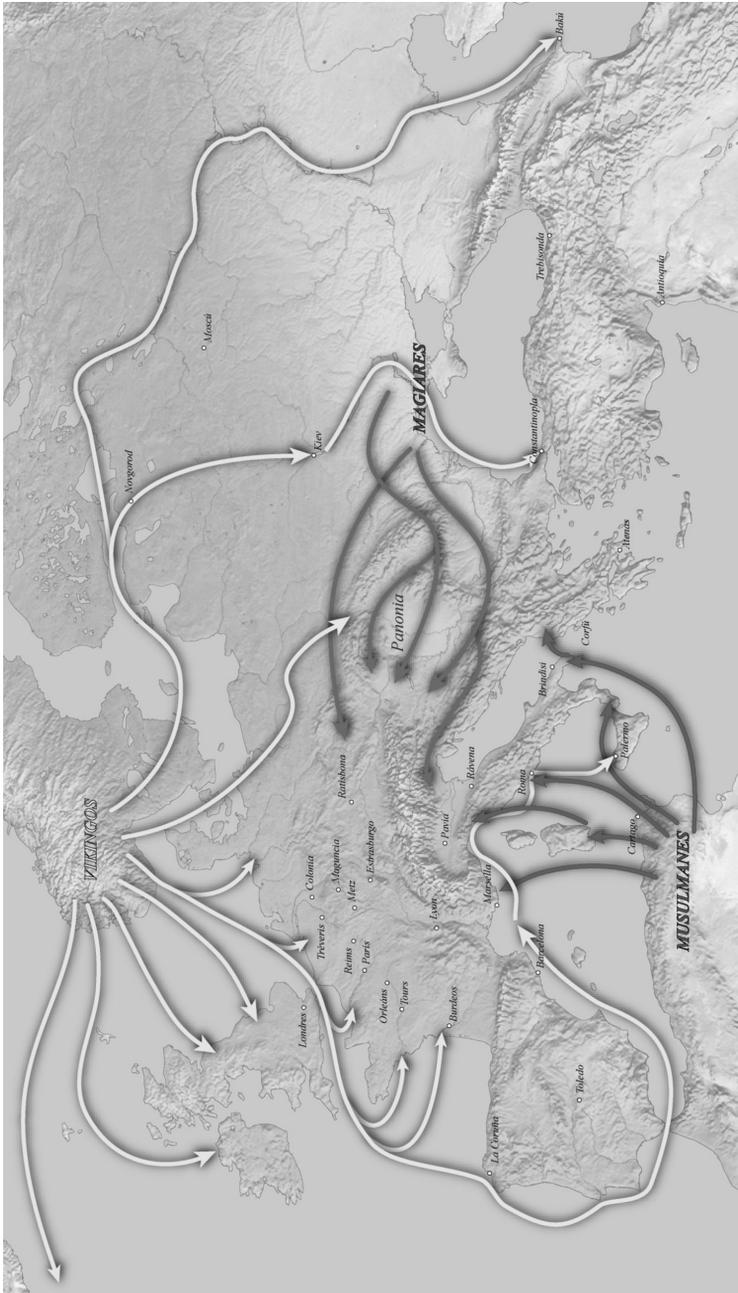
10

LOS VIKINGOS Y LA NUEVA  
OLEADA INVASORA

Cuando todo presagiaba una cierta estabilidad en Occidente, habida cuenta del efecto logrado por la unidad latina que patrocinara la Europa carolingia, asistimos a la irrupción de nuevas oleadas invasoras que cambiarán para siempre el panorama político y la organización social del continente. Sarracenos, magiares y vikingos se precipitan durante siglos sobre la plataforma continental consolidando allí el esquema *vasallático* como único mecanismo de defensa. Serán los últimos los que provoquen un colapso más intenso, hasta el punto de ser, en muchos casos, los verdaderos protagonistas de lo que la historiografía conoce con el ampuloso término de *Segundas Invasiones*, fenómeno que hemos de inscribir entre los siglos VIII y IX.

A raíz de estos ataques generalizados y que adoptan principalmente la forma de pillaje y búsqueda de botín, la cristiandad latina empieza a ser consciente de la necesidad de articular nuevos mecanismos de defensa que descansarán cada vez más en la nobleza local desdibujando, en consecuencia, la frágil estructura monárquica diseñada por los carolingios.

Como decíamos hace un momento, serían los vikingos los mayores protagonistas del fenómeno, pues no sólo atacan las costas de Francia e Inglaterra, sino que incluso llegarán al Mediterráneo dando lugar al



MAPA 03. Las Segundas Invasiones sobre Europa.

nacimiento, más adelante, del reino normando de Sicilia. Según los nuevos puntos de vista historiográficos, como el de Christensen, sería la aparición de fenómenos de reorganización política en Escandinavia a lo largo del siglo VIII, lo que llevaría en principio a una pequeña porción de perjudicados, y más adelante a todo un ejército de descontentos, a buscar su salvación en el exterior. Cabe también pensar en que las primeras incursiones vikingas sobre el continente tuvieran un componente defensivo a raíz de la conquista de Sajonia por las tropas de Carlomagno, lo que hizo tomar conciencia a las autoridades danesas del peligro que representaba la proximidad de las fuerzas imperiales. A partir de ahí se enviarían sucesivas expediciones a la zona para controlar la situación. Pero la presencia vikinga no está marcada exclusivamente por la violencia que transmiten las fuentes escritas de los observadores francos y anglosajones. También los varegos –comerciantes suecos– forman parte del mismo grupo étnico, y sin embargo su presencia a lo largo de las rutas que pondrán en contacto el norte de Europa con la ciudad de Constantinopla, está marcada por la fundación de un buen número de enclaves mercantiles. Buscaban éstos, desde que cruzaron el Báltico, aprovechar el mercantilismo desarrollado en torno al Mar Negro y su aventura dará lugar a la constitución del Principado de Kiev, primera entidad política de importancia en la Rusia prazaria.

En todo caso, el conjunto de oleadas invasoras a las que nos estamos refiriendo precipitan la descomposición interna del Imperio carolingio, lo que implica dos grandes consecuencias para el conjunto de la Europa occidental: el triunfo del feudalismo y un considerable desprestigio de la idea imperial como fórmula política. A pesar del mantenimiento teórico de la titulación, habrá que esperar como mínimo hasta mediados del siglo X, con Otón I, para volver a asistir a una coronación de este tipo que otorgue a su titular algo más que la posibilidad de utilizarlo en sus diplomas oficiales.

Así pues, entre finales del siglo IX y principios del X, de ese Imperio que naciera con Carlomagno surgirán diversos reinos independientes que no hacen sino demostrar hasta qué punto la unidad territorial del patrimonio del célebre rey de los francos nunca pasó de ser algo más que un sueño, y tal vez no tanto para él mismo, como para la Iglesia que veía en ello una fórmula adecuada para regir los destinos del mundo latino. Francia y Alemania, como las más importantes parcelas surgidas del reparto de

la herencia de Luis el Piadoso, serán una buena muestra de las opciones políticas posibles en Europa tras el trauma de las Segundas Invasiones. Dicho de otro modo, a través de ellos podremos observar por una parte la evolución del entorno que deja morir la idea imperial, y por otra del que la rescuita.

En el primer caso, en Francia, mucho más afectada por las invasiones normandas, la continuidad de la dinastía carolingia, aunque muy debilitada, sólo permitirá la aparición de grupos nobiliarios que se van haciendo cada día más fuertes, especialmente en la medida en que sean capaces de contener con relativa eficacia a esos invasores. Uno de esas familias nobiliarias, la de los robertianos o capetos, reemplazarán en el trono a los carolingios cuando éstos pierdan su descendencia legítima a finales del siglo X.

En Alemania, en cambio, la legitimidad carolingia desaparece mucho antes, a comienzos del siglo X, y la presión invasora corre a cargo de los magiares, bastante menos intensa que la de los intrépidos vikingos. Ello permite imaginar un modelo político sustancialmente diferente. Sin renunciar a la monarquía, los grandes nobles alemanes arbitran a la muerte del último representante de la dinastía de Carlomagno un modelo en el que ellos mismos habrían de elegir a su rey cada vez que el trono quedara vacante. Se trata de una novedad sorprendente para la época, pues garantizaba el poder continuado de la nobleza feudal en tanto que podía impedir mediante el recurso de la elección el desmesurado poder que pudiera llegar a ostentar alguno de ellos.

Tal y como decíamos hace un momento, son las costas de Francia e Inglaterra las más afectadas por la presencia vikinga, hasta el punto de que será consecuencia de la misma la propia constitución del ducado de Normandía, en suelo francés, a comienzos del siglo IX. Un ducado de Normandía del que surgirá un siglo y medio después la verdadera unificación de Inglaterra a manos de Guillermo *el Conquistador*. Y es que tras la resistencia del rey de Wessex, Alfredo el Grande (871-899), frente a las primeras oleadas invasoras, así como la reordenación política que tiene lugar en las islas británicas tras el fabuloso proyecto de imperio nórdico de Knut el Grande (1018-1035), la población anglosajona no tiene más remedio que asumir los vínculos feudales que quiere hacer valer el duque de Normandía sobre

el rey Harold, y muy especialmente tras la decisiva victoria de Guillermo en Hastings (1066). Normandos y anglosajones entran así de lleno en el progreso evolutivo del mundo feudal, toda vez que el modelo de organización que éste representa es impuesto desde la propia corona como el único medio eficaz para poner a salvo a la expuesta Gran Bretaña del peligro que siempre representan sus vecinos del norte de Europa.

Pero al margen de los cambios políticos que salpican el panorama del continente, las invasiones vikingas suponen a la larga un verdadero estímulo de la actividad comercial, especialmente en torno al ducado de Normandía, lo que a su vez supone un desarrollo urbano en Francia e Inglaterra que servirá de punto de partida a uno de los aspectos más sobresalientes del despegue plenomedieval. Con semejante estímulo mercantil en las costas del norte de Francia, asistiremos también a un desplazamiento del eje comercial desde el Báltico al Mar del Norte, posibilitando el nacimiento de enclaves tan determinantes para el futuro de la cristiandad latina como el condado de Flandes.

## Bibliografía

- ÁLVAREZ, V. *Los vikingos. Crónica de una aventura*, Madrid, 2013.
- BOYER, R. *La vida cotidiana de los Vikingos (800-1050)*, Barcelona, 2005.
- CHIBNALL, M. *The Normans*, Oxford, 2006.
- CLEMENTS, J. *Breve historia de los vikingos*, Barcelona, 2008.
- LEBECQ, ST. *Les origines franques. Ve-IXe siècle*, Paris, 1990.
- McKITTERICK, R. *Charlemagne the formation of a european identity*, Cambridge, 2008.
- MUSSET, L. *Las Invasiones. El segundo asalto contra la Europa cristiana (siglos VII-XI)*, Barcelona, 1968.
- NEVEUX, F. *L'aventure des Normands VIIIe-XIIIe siècle*, Paris, 2006.
- SAWYER, P.A. *Scandinavian and Europe*, Londres, 1981.

Los autores de esta obra nos ofrecen un panorama general de los siglos medievales a través de algo más de una treintena de hitos coincidentes con los argumentos más importantes y trascendentales de la evolución de este período histórico, reflexionando acerca de cuestiones tan variadas como las que abarcan desde los planteamientos políticos oficiales hasta las derivaciones sociales, pasando por el desarrollo tecnológico y científico y, desde luego, el alcance y condicionamientos de la historia de las mentalidades.

Para caracterizar la época medieval F. Javier Villalba y Feliciano Novoa se detienen en aspectos tales como la germanización de los siglos altomedievales o la construcción inicial del gran Imperio romano de Oriente, la fundamentación teórica de la sociedad medieval o las expresiones de religiosidad que prosperan por doquier, la presencia de pueblos y culturas que habrán de convivir con el mundo cristiano, tales como los normandos o los sarracenos, las grandes construcciones teóricas que alumbran los sucesivos intentos por recuperar el Imperio en Occidente, los moldes socio-económicos que sirven para definir una mentalidad residual que de algún modo se perpetuará hasta casi nuestros días, la evolución de la guerra y de la intelectualidad y los propios hitos que conmovieron en aquel entonces a nuestros antepasados. Como resultado de todo ello se ofrece un fiel panorama de un período histórico en el que se cimentan muchos de los argumentos esenciales de lo que hoy entendemos como Europa.